

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 3, capítulo XX

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Juan Manuel Pérez Zevallos

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 3, capítulo XX

**Anotado y revisado por
Juan Manuel Pérez Zevallos
(CIESAS, Distrito Federal)**

Capítulo XX

Forsyth y el Golpe de Estado

Años de 1857 - 1858

CAPÍTULO XX

FORSYTH Y EL GOLPE DE ESTADO

1857 - 1858

Posiblemente los incidentes de septiembre de 1857, hicieron ver al ministro Forsyth que el presidente Buchanan consideraba el problema de las relaciones con México y en general su política expansionista en forma diferente a como él lo había propuesto al departamento de Estado.

Frente la sensatez de sus notas e informes de los diez primeros meses de 1857 y su respetuoso y acertado juicio sobre el Presidente Comonfort, cambia su actitud desde noviembre y comienza a seguir una política tortuosa, pensando que será posible orillar al gobierno de México para que por apremios económicos ceda territorio y consienta en las exigencias del paso por Tehuantepec.

En comunicación de 18 de noviembre de 1857, haciéndose eco de los rumores callejeros, Forsyth informa al departamento de Estado que la situación política interna es grave y que sabe que Comonfort dice estar dispuesto a enajenar territorio nacional.

Contradiendo su informe del 15 de septiembre anterior, en que elogia al Presidente Comonfort al indicar que “deshonraría su palabra repetidas veces empeñada, al acceder a la proposición de enajenar territorio”, ahora, en la nota que comentamos, con ligereza y notoria injusticia refiriéndose al supuesto cambio de Comonfort que “nada puede sorprendernos de un estadista mexicano”..., al menos reconoce que ese cambio se debe “a la desesperada situación en que se encuentra”.

El 17 de diciembre de 1857 se proclama el Plan de Tacubaya y por un mes la nación mexicana vive graves acontecimientos que culminan con la deposición de Comonfort, el establecimiento ilegal del gobierno de Zuloaga en la ciudad de México y el restablecimiento de la legalidad al

asumir Juárez la presidencia interina en Guanajuato, el 19 de enero siguiente.

A mediados de enero informa al gobierno estadounidense que el Presidente Comonfort le había pedido días antes 600,000 pesos y que de haber podido proporcionárselos “hubiera podido asegurar su firma a un tratado de cesión de territorio”.

La situación bien conocida de esa primera quincena de 1858, hace pensar que la información de Forsyth era falsa; más aún cuando relata las opiniones de Comonfort como resultado de sus conversaciones con el senador Benjamín. Es indudable que trata de culpar al Departamento de su fracaso en la gestión de septiembre anterior.

En el tomo segundo de esta obra se reproducen las notas que se intercambiaron Melchor Ocampo y Forsyth, en el que este último justifica haber reconocido el gobierno de Zuloaga únicamente en que no recibió aviso a tiempo de que Juárez había enarbolado la legalidad en Guanajuato.

La nota de Forsyth del 30 de enero aclara la situación; convencido que los liberales no cederían territorio, establece relaciones con Zuloaga y avisa al departamento de Estado que ha sondeado el pensamiento de “la administración de Zuloaga en lo que respecta a la cesión de territorio”. Optimista considera que “los síntomas son favorables. Si éste se consolida en su poder, tengo esperanzas de alcanzar buenos resultados”.

En nota del 15 de febrero, Forsyth no se siente muy seguro y avisa que ha buscado el apoyo del arzobispo de México y del obispo de Michoacán. Sin dar prueba alguna, informa que estos dignatarios del clero están dispuestos a presionar al gobierno conservador a favor de la venta de territorio; para el 10 de marzo anuncia que “tanto el Presidente (Zuloaga) como el gabinete, reconocen unánimemente la necesidad de adoptar semejante medida”.

Finalmente, creyendo que la situación ha madurado, el 22 de marzo plantea al secretario de Relaciones Exteriores del régimen conservador, Luis G. Cuevas, la petición de mover la frontera hacia el sur y ceder Baja California, a la vez ampliar y reglamentar el derecho de paso por el Istmo de Tehuantepec. Las bases para el tratado son las

mismas presentadas anteriormente a Comonfort y más tarde a Ocampo.

La nota es sarcástica. Invoca a Dios como autor de las leyes de expansión de los estados y que Estados Unidos “si obrara por una política puramente egoísta, cruzaría los brazos y esperaría tranquilamente la acción de esas causas, con entera confianza de que estas regiones, con sus sementeras y casas, vendrán a ser de los que hablan su idioma, cuya población aumenta tan rápidamente”. En lugar de eso, ... “con prudente previsión desean anticipar los efectos de estas causas y adquirir de México por medio de una compra legal el territorio que les ha de ser necesario a la expansión de su población y que a México ahora le es inútil”.

Respecto a Tehuantepec “lejos de querer que México pierda su soberanía sobre su territorio, le ofrece la garantía de la neutralidad del Istmo,...”

Dos semanas después, el 5 de abril, el secretario de Relaciones Exteriores del gobierno conservador, rechaza categóricamente examinar la cesión de territorio y además considera que “sería peligroso también tratar sobre el paso del Istmo de Tehuantepec y sobre el pago de las reclamaciones que puedan hacerse ambos Gobiernos”.

Forsyth pierde los estribos y se enfrasca en disquisiciones con Cuevas sobre expresiones en las notas cruzadas, que muestran rencor a la decidida actitud del ministro conservador de Relaciones.

En nota del 17 de junio, informa Forsyth a su gobierno que el general Zuloaga, en funciones de Presidente, le anunció estaba dispuesto a vender territorio nacional “por el bien de su país y su propia salvación”. Finalmente señala a Cuevas como el más fuerte opositor a esta posible venta.

A pretexto de que los estadounidenses no pagaran un impuesto de aplicación general, nuevamente Forsyth choca con el gobierno conservador.

Es visible su deseo de orillar a un rompimiento, pues sus notas son violentas y aun insolentes. El gobierno conservador pide su retiro, pero antes de que se conozca el resultado, Forsyth, el 21 de junio, “suspende las relaciones políticas de esta legación con el gobierno de México hasta

recibir instrucciones de su Gobierno”. Estas se le envían el 15 de julio, ratificando la determinación tomada.

Quedó así cerrado este nuevo capítulo de las pretensiones de expansión territorial.

DOCUMENTOS

Años de 1857 - 1858

FORSYTH LANZA GRAVE CARGO A COMONFORT

México, enero 14 de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Estimable señor:

Considero propio advertirle que hará cosa de diez días, mientras me encontraba enfermo, el general Comonfort envió a buscar a un amigo mío y le informo que tenía necesidad urgente de \$ 600,000, pues con dicha suma estaría en condiciones de ponerse al frente de una tropa de 6,000 hombres leales para emprender la marcha a Querétaro y apaciguar al país. El objeto de esta comunicación, era informarse si estaba en condiciones de ayudarle. Respondí diciéndole que me era posible proporcionarle esa ayuda pecuniaria siempre que se considerase una cesión de territorio. Le agradó la proposición y la estudió durante dos días, abandonándola finalmente, pues de ese modo la colaboración llegaría demasiado tarde.

Creo y casi puedo asegurarle con toda certeza, que si hubiese podido adelantarle de inmediato medio millón en efectivo y después haberle ofrecido una suma tentadora por los territorios citados en las instrucciones de julio, hubiera podido asegurar su firma a un tratado de cesión de territorio.

Lo que se presentó en este caso, puede repetirse cincuenta veces en los próximos 12 meses, debido a las exigencias del momento. El gobierno que esté a la cabeza del país como resultado de la revolución que ahora se desarrolla en esta capital, seguramente tendrá dificultades y, esperando el momento oportuno, se obtendrán mayores ventajas ofreciéndoles dinero en efectivo en garantía de una negociación. Si en

alguna forma se me pudiesen asignar medio, millón o un millón de bonos de la Tesorería de los Estados Unidos, para ser entregados como anticipo inmediatamente al firmar un tratado de cesión de territorio, creo, sin ningún riesgo, que dentro de corto tiempo podría darse por terminada la cuestión.

En lo que respecta a dinero, esta gente demuestra puerilidad y carencia de sentido común y prudencia, lo que es increíble para todos, excepto los testigos oculares. Podría relatar a usted algunos casos tan sorprendentes, que casi temo no me creerá. Una de sus peculiaridades consiste en que al planificar sus gastos no ven más que las necesidades del día, dando por resultado el hecho de que si yo le ofreciese al gobierno medio millón pagadero dentro de un mes, a cuenta de libranzas contra una aduana por 1'000,000, y si otra parte le ofreciese un cuarto de millón a cuenta, por la misma consideración, la última proposición sería inmediatamente aceptada. Hace varios días tuvo lugar una transacción con cinco banqueros a nombre del señor Hargous de esta ciudad, que se dice ciudadano estadounidense, por la cual el Gobierno aceptó responder, con amplias seguridades, por \$ 500,000 de los cuales recibió \$ 125,000 en efectivo y el resto en valores públicos llamados “deuda interna”, que tienen un valor de ocho centavos por dólar en el mercado. Por estos medios tan ruinosos, el Gobierno obtiene dinero. Me tome la libertad de aconsejar hace tiempo, que fuera ampliado el límite de precio que yo estaba autorizado a ofrecer por el territorio, a fin de aprovechar cualquier situación favorable que se presentase, para poder hacer una oferta tentadora. Me parece que el Departamento no ha considerado esa sugerencia digna de atención, ya que no he recibido ninguna respuesta.

Sobre el valor de esta adquisición, mis opiniones se fortalecen diariamente. Toda la información recibida confirma el inmenso valor mineral de Sonora y Chihuahua, que creo podrá llegar a comprobarse que son tan ricos como la Alta California.

En la conversación mantenida con mi amigo, el general Comonfort aludió a lo inadecuado de la oferta de nuestro Gobierno y agregó que un senador de Estados Unidos le había informado que nuestro Gobierno daría o debería dar \$ 50'000,000 por Sonora. Este senador era

el señor Benjamín. Me sorprendió que el señor Benjamín hubiese: dicho esto en momentos en que expresaba su opinión sobre mi “fracaso” al no haber obtenido ese estado y otros varios por \$ 15'000,000 y cuando, conforme a mis instrucciones, se me había dicho que yo podía contar con el señor Benjamín para asistirme en las negociaciones; de compra por la suma citada.

Debe admitirse que cometió una incorrección, al informar al vendedor que un tercio del territorio en cuestión, valía tres veces más que la suma total de la operación. Veo en todo esto sólo la confirmación de la política que el señor Benjamín desarrolla aquí para ganarme en audacia y derrotar mis esfuerzos por concertar un tratado.

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

AHORA FORSYTH TIENE ESPERANZAS DE CONVENCER
A ZULOAGA

México, enero 30 de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

He sondeado el pensamiento de la administración de Zuloaga en lo que respecta a la cesión de territorio. Los síntomas son favorables. Si éste consolida su poder, tengo esperanzas de alcanzar buenos resultados.

En respuesta a la parte del despacho número 36 del Departamento en el que se me informa que el Presidente “no duda que emplearé todos mis esfuerzos para lograr los objetivos” señalados en las instrucciones con referencia a nuevos límites, debo recalcar que no escatimaré ningún esfuerzo para satisfacer los deseos de mi Gobierno, aprovechando las ventajas que ofrece el cambio de condiciones en la situación mexicana.

La principal dificultad reside en lo inadecuado del precio. El único paliativo que una administración mexicana puede presentar a los prejuicios de la nación contra la enajenación de su territorio, es la tenencia de dinero, condición esencial para la redención del país en función de sus dificultades económicas.

Para este fin, 12 ó 15 millones no bastan. Para presionar fuertemente al Gobierno, puede alegarse que esta suma no es el equivalente justo por el valor intrínseco del territorio; es tanto más de lo que en realidad vale para México pues, mientras su dominio sobre ese territorio es ahora apenas nominal, existen grandes probabilidades que en el futuro ese dominio y consecuentemente el valor de esos territorios, disminuya en vez de aumentar.

La ayuda a la administración de Comonfort, de que hice mención en mi comunicación número 56 donde declaré que “debo buscar respaldo en el Departamento”, no fue tomada en cuenta.

Mis anteriores exigencias, que pudieron convertirse en hechos prácticos, en ningún momento infringieron las normas de “no-intervención en la política interna” de este país, en base a las cuales he actuado constantemente.

Soy, etc...

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

FORSYTH RECURRE AL ARZOBISPO DE MÉXICO Y AL
OBISPO DE MICHOACÁN EN APOYO A LOS PROYECTOS
DE TRATADO

México, febrero 15 de 1858

—Extracto—

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de Estados Unidos

Hasta ahora mis esfuerzos por investigar los sentimientos del clero y hacer sentir su influencia sobre la proposición del tratado, han tenido resultados satisfactorios. El venerable arzobispo de México¹ quien, entre paréntesis, es estimado como el hombre más puro del poderoso cuerpo del que es la cabeza, y Munguía,² el obispo de Michoacán que reside en la capital y que es el principal administrador de las finanzas de la Iglesia, están muy interesados en el proyecto y se han comprometido en averiguar las intenciones del gabinete a través del señor Pesado, su abogado y agente confidencial. Considero que estas tres personas son lo suficientemente competentes como para suponer que su voz es la voz de la iglesia y ganar su cooperación significa ganar un importante punto para fortalecer la favorable opinión del señor Zuloaga ante su gabinete.

Me parece indudable que, teniendo en cuenta el aspecto actual de la situación, el gobierno no puede mantenerse a menos que firme este tratado. Fuera del clero, como dije antes, no tiene otro apoyo. A pesar de

¹ Lázaro de la Garza y Ballesteros, quien desempeñó el cargo de 1852 a 1862.

² Clemente de Jesús Murguía.

ello, estoy lejos de confiar en el éxito. El sincero orgullo español, que detesta dividir su territorio, es en ellos inveterado y sólo cederá ante una terrible necesidad. Y, si aceptan discutir el tratado, aún queda por superar una importante dificultad: el precio que debemos pagar.

Si triunfo sentiré como si hubiese sucedido un milagro. Confío el éxito en la crítica situación del gobierno y en la característica peculiaridad de esta gente que frecuentemente sorprende con acciones inesperadas. Sobre el estado actual del asunto no tengo conocimiento ni he oído nada al respecto. Los partidos que están trabajando por influir al gobierno sobre este punto, me dicen que sólo debo hacerme oír para triunfar. En un terreno en el que no pueden hacerse proposiciones abiertas y directas, son permitidas algunas argucias diplomáticas y, si expongo el plan con honestidad, es casi seguro que pensarán que tengo intenciones encubiertas.

Si yo demostrara ansiedad echaría a perder la negociación. Afortunadamente cuento con la colaboración de agentes muy inteligentes y perseverantes, con larga experiencia en diplomacia mexicana.

Soy, etc...

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

SEGÚN FORSYTH, ZULOAGA Y SU GABINETE ESTÁN DE
ACUERDO EN CEDER TERRITORIO; SÓLO ESPERAN
EL MOMENTO ADECUADO

México, marzo 1° de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Desde la fecha en que envié mi despacho número 68,³ he sondeado la opinión de cada miembro de este gobierno, sobre la posibilidad de celebrar un tratado en que se considere la cesión de territorio. Me satisface comunicar que tanto el Presidente⁴ como el gabinete reconocen unánimemente la necesidad de adoptar semejante medida.

Consecuencia natural de lo anterior, debiera ser el comienzo inmediato de los trabajos para precisar nuestros deseos e incorporarlos en un tratado; pero, para los diplomáticos mexicanos, decidir una línea de conducta y llevarla a cabo son dos cosas distintas. Demostrar que algo debe hacerse no significa de ninguna manera que con ello se asegure su inmediato cumplimiento; posponer, es parte constitutiva de la diplomacia mexicana; pero, en este caso, imperan circunstancias que fortalecen aún más esta tendencia, puesto que, mientras el gobierno admite que dichas medidas deben ser adoptadas, carece del valor para llevarlas a cabo.

Lo anterior no se oculta y, para justificarlo, se aduce que hasta que el gobierno se fortalezca con un triunfo militar definitivo en la guerra

³ De febrero 13 de 1858.

⁴ General Félix Zuloaga.

contra la “coalición”,⁵ adoptar una medida como esa tendría graves consecuencias que se volverían contra él mismo. Por tanto, el gabinete dice que “el momento actual no es el adecuado para actuar, que es necesario esperar hasta que pacifiquemos el país, hasta que derrotemos al gobierno de coalición y entonces seremos lo bastante fuertes para hacer lo que nos parezca”.

Confiando en lo anterior, espero ahora conocer el resultado del primer combate, en Celaya, entre los dos ejércitos, del cual depende el destino de la negociación que, por el momento, continúa suspendida. Si triunfan las tropas del Gobierno, creo que la negociación se reanudará de inmediato, de lo contrario, creo que deberá posponerse...⁶

John Forsyth

⁵ Se refiere al gobierno encabezado por Juárez.

⁶ La parte omitida por el Dr. Manning se refiere a la guerra civil, cuestiones consulares y de tarifas así como a otros temas de menor importancia.

FORSYTH PRESENTA AL GOBIERNO CONSERVADOR LA
CELEBRACIÓN DE LOS DOS TRATADOS: CESIÓN DE
TERRITORIO Y DERECHO DE PASO EN TEHUANTEPEC

México, marzo 22 de 1858

Sr. don Luis G. Cuevas
Ministro de Relaciones Exteriores de México

El infrascrito, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, tiene el honor de informar al excelentísimo señor don Luis G. Cuevas, ministro de Relaciones, que ha recibido instrucciones de su Gobierno con el objeto de proponer al gobierno de la República Mexicana, la negociación de un tratado bajo tales bases, que cree no podrán menos de ser altamente ventajosas a los mutuos intereses de ambas partes.

Al someter este asunto a la consideración del Gobierno mexicano, a tan pocos días de la instalación del actual gobierno y cuando la situación de la República dista aún mucho de ser tranquila, a pesar de que su proposición parecerá prematura en semejantes circunstancias, el infrascrito se ha guiado por importantes consideraciones que seguramente su excelencia apreciará en su debida forma. La causa primordial de esta conducta reside en el tiempo. Si se retrasa unas pocas semanas la negociación que el suscrito tiene el honor de proponer al Gobierno mexicano, ese retraso producirá necesariamente la posposición de su conclusión y ratificaciones en un lapso no menor de doce meses.

Como su excelencia sabe, la celebración de un tratado con los Estados Unidos requiere que dicho documento sea sometido a la aprobación del senado estadounidense y si incluye el desembolso de alguna cantidad de dinero, sólo puede ser autorizado por la comisión de

representantes del Congreso.

Las sesiones del Congreso de los Estados Unidos se iniciaron el primer lunes de diciembre próximo pasado y su clausura se aproxima rápidamente. Aunque dicho cuerpo no ha determinado aún la fecha en que se concluirán, se ha fijado el mes de mayo como la más probable. Por tanto, su excelencia advertirá que para concluir un tratado efectivo que cumpla con los trámites legales necesarios, en las presentes sesiones del Congreso no hay tiempo que perder, de otro modo nada podría hacerse antes de las sesiones del próximo invierno. Hay otra razón, personal, que el suscrito considera conveniente mencionar: habiendo recibido licencia de su gobierno para ausentarse temporalmente, desea partir para los Estados Unidos tan pronto como sea posible. No obstante antes de salir, es su deseo y su deber investigar si sus proposiciones son aceptables para el Gobierno mexicano y, en tal caso, si está dispuesto a iniciar las negociaciones a tiempo para concluir las antes de que se clausuren las sesiones del Congreso de los Estados Unidos. Si el suscrito partiera en este momento, el negocio se retrasaría necesariamente un año más; por ello, renunciaría de buen grado a su conveniencia e intereses personales si permaneciendo en la ciudad pudiera concluir una convención que seguramente traerá beneficios reales y permanentes a las dos Naciones guías de la América del Norte. Al mismo tiempo, está convencido de que sería inútil retrasar su partida si el Gobierno mexicano no estuviera dispuesto a iniciar y consumir las negociaciones con prontitud y diligencia. Ciertamente, si los objetivos deseados son la conclusión y rápida ratificación del tratado, sería peligroso posponer más su envío a Washington.

Habiendo expuesto lo anterior, sólo resta al que suscribe, hacer una breve exposición de las estipulaciones generales y bases de la negociación que propone y, en caso de que sea recibida favorablemente, deja para otra ocasión, la exposición detallada del asunto.

Primero. —El gobierno de los Estados Unidos propone al de México alterar la frontera entre las dos repúblicas, a cambio de una justa compensación. Los nuevos límites serían determinados por la topografía del terreno siguiendo accidentes naturales.

Segundo. —Se propone elaborar las estipulaciones necesarias para asegurar la satisfacción y pago de todas las reclamaciones de los ciudadanos de cada país contra el gobierno del otro y

Tercero. —Asegurar a los ciudadanos y propiedades de los Estados Unidos el perpetuo derecho de tránsito al través del Istmo de Tehuantepec, para sus ciudadanos y propiedades.

Se propone que la negociación incluya reunidos los tres puntos precedentes, y los dos siguientes por separado, a saber:

1° —Un tratado postal semejante al que firmaron los plenipotenciarios de los dos gobiernos el 10 de febrero de 1857, pero que no ratificaron, y

2° —Un tratado de reciprocidad, semejante al que firmaron en la misma fecha y que tampoco ratificaron. Siendo los fines de la negociación propuesta, los arriba mencionados, sólo son necesarias unas cuantas observaciones para poner a su excelencia en conocimiento de las estipulaciones generales que deberá incluir.

Como ya se indicó, hasta donde la topografía del terreno lo permita, se utilizarán límites naturales, ríos y montañas, para señalar la localización de la nueva frontera, la que proponemos en la forma que sigue:

Comenzando en el Golfo de México a tres leguas de tierra, frente a la desembocadura del río Bravo, tal como estipula el artículo 5° del Tratado de Guadalupe Hidalgo; de ahí, tal como define dicho artículo, siguiendo el curso del río hasta el punto en donde el paralelo de 30 grados latitud norte lo cruza; de ese punto, occidentalmente hasta la intersección de ese paralelo con el tributario más oriental del río Chico o Yaqui; de ahí siguiendo el curso de este río a un punto conveniente al este del mismo hasta la mitad del Golfo de California; después, de ese lugar hasta la boca del mencionado Golfo, rodeando la parte más meridional de la Baja California y siguiendo septentrionalmente a lo largo de su costa occidental, a tres leguas de tierra, al punto más al oeste de la que ahora es la frontera entre la Alta y la Baja California, provincias que, junto con todas las islas adyacentes a la costa occidental de la Baja California y las que se encuentran en el Golfo de California, excepto las

inmediatas a la costa de México al sur del río Chico o Yaqui, se declaran propiedad de los Estados Unidos.

La frontera antes descrita, incluye una región de territorio mexicano que no importa cuál fuera su valor intrínseco o futuro, debe admitirse sinceramente que para México no tienen gran valor político o pecuniario. México mantiene solamente un dominio nominal sobre la mayor parte de su territorio y por eso las regiones que no controla se convierten en refugio de salvajes, de donde parten para saquear regiones más habitadas de la República. Si dichos territorios pertenecieran a los Estados Unidos, la rápida expansión de su población expulsaría a los salvajes, sustituyéndolos por un pueblo inteligente y floreciente que no sólo aseguraría la paz de la frontera mexicana sino además la enriquecería con la productiva industria y rico comercio que acompañan siempre a la inmigración estadounidense. Y si estos territorios son ahora de poco valor para México, ¿pueden acaso sus gobernantes afirmar en conciencia que en adelante serán de mayor valor? El que suscribe piensa que no y, por el contrario, advierte que importantes causas naturales, cuya acción aumenta paulatinamente, las harán aún menos valiosas en el futuro para la nación mexicana y debilitarán el poder que puede tener sobre ellas hasta que, por último, obliguen a ese país a deshacerse de ellas. Las causas a que aludí, basadas en inflexibles leyes de población, no tendrán consecuencias menos funestas porque su excelencia o el que suscribe las deploran sinceramente, y aunque los designios del autor de esas leyes son inescrutables para los seres humanos, aquéllas siempre deben ser acatadas por los hombres. En todo caso, hay leyes que empezaron a operar desde que la tierra fue poblada y que se refieren al asunto que estamos tratando, que no deben ser ignoradas por un prudente estadista, el que, por el contrario, deberá conformar sus actos a las enseñanzas que a lo largo de tres mil años nos han dejado.

Al prever el futuro, usando la enseñanza del pasado, el gobierno de los Estados Unidos, si actúan en forma egoísta, podría cruzarse de brazos y esperar pacientemente la acción de esas causas, con la plena confianza de que tarde o temprano esas regiones con sus sementeras y casas, pasarían a formar parte de su creciente población y de los que

hablan su idioma. Pero ese país, con prudente previsión, desea anticiparse a ella adquiriendo a México a cambio de una cantidad considerable de dinero, territorios que muy pronto necesitará para su creciente población y que son ahora poco menos que valiosos para la República Mexicana. Sólo es cuestión de negociar la cantidad que se considere justa compensación por la venta de territorios, a los que Estados Unidos no conceden gran valor. Esas regiones serían valiosas para dicho país tan sólo merced al poderío, a la población y a los medios que puede utilizar para su desarrollo. En la actualidad debe aceptarse que están casi desiertas, con una población mexicana tan menguada que no le es posible desarrollar sus recursos y que en algunos lugares, ni siquiera puede disputar su dominio sobre ellas con las tribus de indios salvajes. Es muy fácil demostrar que la cantidad que los Estados Unidos desean pagar es mucho más valiosa para México que aquellos desiertos, carentes de todo provecho y que dañan hasta la reputación de este último, pues con esa cantidad una administración patriótica podría consolidar a los estados mexicanos y reorganizar sus sistemas de impuestos y hacendario, tan necesario a la felicidad y prosperidad del pueblo. El suscrito encomienda las opiniones antes expuestas muy superficialmente, a la sabia y previsora consideración del Gobierno mexicano, con la confianza de que serán acogidas con la misma intención con que se expusieron, es decir, en completa armonía con los sinceros y mejores deseos del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos por la integridad, la estabilidad y la mayor prosperidad de la República Mexicana. Y el que suscribe aprovecha esta ocasión para afirmar que, a pesar de las insinuaciones y los prejuicios que intenten deslizar en el ánimo de los mexicanos, algunas potencias rivales de los Estados Unidos, que intentan atribuir a este país las más siniestras miras y propósitos en relación a otros países americanos, su excelencia puede tener la plena seguridad de que todos los intentos de reestructurar a la República Mexicana y situarla en el lugar que la sabiduría y el patriotismo de sus hijos intentan ponerla, no pueden encontrar una mejor correspondencia que en el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos. Y el suscrito no se compromete al afirmar que la proposición que ahora tiene el honor de presentar como

opinión de su gobierno, ofreciera el menor obstáculo que retardara o evitara la marcha de México hacia el bienestar, esa proposición nunca se hubiera presentado.

El siguiente punto de la negociación se refiere al Istmo de Tehuantepec. Puesto que lo que en ella proponemos redundará grandemente en beneficio de México, no anticipamos ninguna dificultad sería en lo que a ésta se refiere. La enorme extensión de grandes montañas y vastos desiertos de América del Norte, separa los Estados de la Unión situados hacia el Atlántico, de aquellos que lindan con el Pacífico. Por tanto, es importante para nuestro país el uso de un libre tránsito a través de la ruta de comunicación más cercana y accesible entre ambos océanos. Durante mucho tiempo el Istmo de Tehuantepec ha sido considerado el más conveniente de estos tránsitos pero, infortunadamente para los intereses de México y del mundo comercial, han fracasado todos los esfuerzos de varios Gobiernos mexicanos para estimular esa obra en forma privada, otorgando con ese objeto concesiones y privilegios para abrir una importante vía para el comercio y el transporte entre los dos océanos. A cambio de otorgar a los Estados Unidos el derecho de vía a perpetuidad a través del Istmo para sus ciudadanos y propiedades y del establecimiento por parte de México de un puerto libre en uno de sus puntos terminales, el gobierno de los Estados Unidos aseguraría al mexicano el desarrollo de dicho territorio, convirtiéndolo en uno de los más importantes tránsitos del mundo. Con este fin, en lugar de pedir a México que comparta su soberanía con los Estados Unidos, en el Istmo, este país se ofrece a garantizar su neutralidad y usar todos los medios necesarios para protegerlo tanto de potencias extranjeras como de expediciones de filibusteros.

Estados Unidos quiere unas declaraciones más específicas y determinantes de los derechos que ya le concedió México en el artículo 8° del Tratado Gadsden y a cambio se ofrecen como aliados de México para preservar la neutralidad del Istmo, y al mismo tiempo dar garantías de seguridad y el capital necesario para construir inmediatamente un ferrocarril a través de aquel, asegurando con ello un gran desarrollo de ese territorio, el aumento de precio de sus tierras y un amplio comercio

lucrativo. El que suscribe considera innecesario insistir en este punto puesto que, como advertiría cualquier conocedor de las necesidades de México de los elementos esenciales para promover su poderío y su riqueza, los mayores intereses de esa nación se ven favorecidos con la presente posición.

El tercer elemento de la negociación, es el ajuste de las reclamaciones privadas de los ciudadanos de cada país contra el gobierno del otro. Con este objeto, los Estados Unidos proponen una solución muy simple, a saber, que cada gobierno acepte pagar las reclamaciones de sus propios ciudadanos contra el gobierno del otro, estipulando los Estados Unidos que técnicamente una pequeña cantidad, de la que se haya de pagar por la compra de los territorios del norte, y muy inferior al monto total de las reclamaciones estadounidenses, será reservada para satisfacer estas reclamaciones, comprometiéndose Estados Unidos a descargar a México de toda obligación a cuenta de ellas. A favor de este plan se presenta la consideración de que cada gobierno sabrá mejor cómo afrontar las demandas justas de sus propios ciudadanos, mientras que estos últimos tendrán asegurada la justicia y equidad necesarias para su satisfacción.

Además, se negociarían dos asuntos separadamente, a saber, las convenciones postal y de reciprocidad, para lo cual se tomarían como base los proyectos de tratados firmados en esta ciudad el 10 de febrero de 1857, con las alteraciones que sugieran el tiempo y la experiencia que hemos acumulado sobre el asunto.

Al presentar las generalidades de esta importante negociación a su excelencia el señor Cuevas, el suscrito confía en que tan pronto como el Gobierno mexicano lo considere, será notificado de su decisión. Si se acepta, el suscrito está dispuesto a negociarlo con el celo y la energía necesarios para concluir a tiempo y someterlo a la consideración del Congreso de los Estados Unidos en su periodo actual.

El suscrito tiene el honor...

John Forsyth
Ministro de los Estados Unidos en México

FORSYTH ESPERA CON OPTIMISMO RESPUESTA
FAVORABLE DEL GOBIERNO CONSERVADOR

—Extracto—

México, abril 3 de 1858

Sr. Lewis Case
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Desde mi última comunicación y en la convicción de que el campo estaba bien preparado, he propuesto formalmente al gobierno de México una negociación para discutir un cambio de límites y otros puntos, conforme a las instrucciones del Departamento.

Adjunto una copia de la nota enviada y que he creído la adecuada dada la delicada naturaleza de la ocasión, y teniendo en cuenta no lastimar en lo más mínimo la sensibilidad mexicana en lo que respecta al asunto de la cesión de territorio. En respuesta a esto, existe una circunstancia que considero hasta ahora favorable, pues demuestra que el gobierno al menos, tiene intenciones de considerar la proposición. Extraoficialmente he recibido informaciones fidedignas de que el asunto ha recibido esmerada atención de parte del gabinete. Al formar un juicio sobre el resultado, debe tenerse en cuenta que una proposición de compra de territorio encontrará precisamente la misma clase de prejuicios y dificultades que se presentaría a una oferta de comprar Cuba a España. La diferencia reside en que los territorios mexicanos son de menor utilidad que Cuba y las necesidades pecuniarias de México mayores que las de España...

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

CUEVAS CONTESTA NEGATIVAMENTE A FORSYTH: NI
CEDER TERRITORIO, NI ARREGLOS SOBRE TEHUANTEPEC⁷

México, abril 5 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de los Estados Unidos en México

El suscrito tiene la honra de contestar a la nota de su excelencia, enviado extraordinario y ministro de los Estados Unidos, de fecha 22 del próximo pasado, recibida el 26 del mismo mes, diciéndole que la participación de su excelencia, el Presidente, en la celebración de la Semana Santa y la necesidad de atender gran número de urgentes negocios, han retrasado su respuesta en relación con el proyecto que el ministro de los Estados Unidos le propuso.

El Presidente de la República está completamente convencido de que un cambio de límites no beneficiaría ni al nombre ni a los auténticos intereses del país, no importa las ventajas que obtuviera en cambio. Además, piensa que un asunto de tan grave importancia no debe ser considerado y mucho menos arreglado sin la previa aprobación de un Congreso Nacional y, finalmente, opina que una nueva cercenación de territorio fomentaría los serios desórdenes internos y pospondría aún más la restauración de la paz, condición y elemento principal del bienestar público.

Por razones parecidas, aunque los otros asuntos son menos graves que los mencionados, sería igualmente peligroso negociar un tratado que

⁷ El señor Alberto María Carreño asegura haber copiado este documento en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No lo hemos logrado localizar, por lo cual publicamos la traducción hecha sobre el mismo, aparecido en la obra del Dr. Manning, que es diferente a la del señor Carreño.

incluya el tránsito por el Istmo de Tehuantepec y el pago de las reclamaciones pendientes entre los dos gobiernos. El suscrito no incluye en esto el tratado postal y de reciprocidad porque su excelencia, el señor Forsyth, considera los asuntos que en él se negociarían como complementarios y que no merecen ser considerados separadamente en un tratado, pero, opina sin embargo, que aun cuando se negociara sólo ese punto, se suscitarían serias dificultades, prueba de lo cual es el rechazo del tratado del 10 de febrero de 1857.

Por lo demás, el suscrito no tiene la menor duda de los benévolos sentimientos de su excelencia, el señor Forsyth, ni de que México conservará su actual territorio, del que obtendrá gran beneficio, no sólo para sí mismo sino para las naciones vecinas, tan pronto como pueda organizar convenientemente un gobierno y disfrute de los beneficios que suceden a la restauración de la confianza y la paz permanente.

El suscrito aprovecha la presente ocasión ...

Luis G Cuevas
Ministro de Relaciones Exteriores de la
República Mexicana

FORSYTH CONTESTA A CUEVAS CON VIOLENCIA

México, abril 8 de 1858

Sr. Luis G Cuevas
Ministro de Relaciones de México

El infrascrito tiene el honor de acusar recibo del despacho del honorable ministro de Relaciones, fecha 5 del presente y recibido el día 7.

Enterado de que el gobierno mexicano rehúsa sostener negociaciones sobre el todo o parte que el infrascrito tuvo el honor de proponer, obedeciendo instrucciones de su Gobierno, solicita a su excelencia vuelva a considerar las proposiciones rechazadas. Sin lugar a dudas, el gobierno de México está en su derecho de ser el árbitro para juzgar la conveniencia de considerar o rechazar cualquier proyecto de convención que pueda ofrecerle una potencia amiga, sin examinar las consecuencias que pueda tener su decisión. El infrascrito se propone, animado del mejor espíritu de amistad, destacar algunas de las consecuencias inevitables de lo expuesto en la nota que tuvo el honor de dirigir a su excelencia el 22 del próximo pasado. En su oportunidad y obedeciendo a leyes inevitables e irreversibles, éstas han de convertirse en realidades y, entonces, podían juzgarse la visión y la generosidad de Estados Unidos manifestadas en las proposiciones que México ha rechazado.

Pero el gobierno de Estados Unidos tiene deberes que cumplir para con sus ciudadanos. El suscrito, por la presente nota, llama la atención de su excelencia sobre una lista que enumera las quejas y demandas por daños a personas y propiedades, acumuladas desde la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo y que, sin resultado alguno, se han presentado al Gobierno mexicano. El gobierno de Estados Unidos, en

la proposición ahora rechazada, propuso a México el arreglo de estas reclamaciones, haciéndose cargo de la quinta parte del monto nominal de las mismas. Por la actitud de rechazo a esa generosa oferta, es de suponer que México tiene otra idea y piensa, quizá, solicitar el pago total de las reclamaciones; el infrascrito tiene el honor de preguntar a su excelencia ¿qué se propone México? Solicito una inmediata respuesta, pues no es posible posponer una vez más la resolución.

Respecto al asunto de las reclamaciones, en la nota de su excelencia, de fecha 5 del próximo pasado, aparece un párrafo cuyo significado es oscuro para el infrascrito, quien solicita le sea aclarado en forma explícita. Dicho párrafo dice: “seria peligroso tratar el pago de las reclamaciones que puedan hacer ambos gobiernos”. Sorprende que pueda decirse que es peligroso llegar a ajustar las mutuas reclamaciones; el infrascrito, en cambio, ve con claridad que la larga y estudiada negligencia para satisfacer estos irritantes casos de reclamaciones, puede resultar peligrosa para la continuidad del entendimiento entre ambos gobiernos. Si el adjetivo “peligroso” se refiere a la situación interna de México y significa que el gobierno de la República no es lo suficientemente fuerte para hacer justicia al respecto, el honorable señor Cuevas debe admitir que esto no es excusa para negarse a una solicitud de justicia. El poder de dañar implica el poder de subsanar el mal. Si existe el primero y se niega el segundo, se llega a la conclusión de que Estados Unidos tiene en sus manos el derecho de reparación. Como el infrascrito tiene la seguridad de que no fue la intención de su excelencia reconocer esta actitud en el Supremo Gobierno de la República y, por otra parte, no puede entender el sentido con que se aplicó la palabra “peligroso”, suplica a su excelencia lo clarifique al respecto.

Al cerrarse, sin resultados, una etapa de las negociaciones, solicito a su excelencia me permita decirle que, en determinadas ocasiones, es más fácil formarse un juicio claro y sensato a los observadores ajenos a los acontecimientos que se desarrollan en la escena de la vida nacional, que a los actores de los mismos. Como observador que ha estudiado cuidadosamente la situación de México, animado de la más sincera intención de constatar la grandeza de miras y la capacidad de

sus patrióticos estadistas frente a los peligros que marcan las crisis en su historia, el infrascrito creía y aún cree que las negociaciones que su Gobierno se ha honrado en proponerle, ofrecen posibilidades de solución y regeneración que los gobernantes de México, con su noble decisión, podían utilizar con fines de bienestar público en este momento crítico. Desgraciadamente para el buen éxito de la convención propuesta, ésta no se ha discutido con el infrascrito, por lo cual una vez más pasa inadvertida y sin aprovecharse la oportunidad que en raras ocasiones se presenta en la historia de las naciones, dando lugar a nuevos y diferentes acontecimientos.

Tengo el honor, etc...

John Forsyth

I

CUEVAS REPLICA A FORSYTH CON GRAN DIGNIDAD

México, abril 12 de 1858

Sr. John Forstyth
Ministro de Estados Unidos en México

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, tiene el honor de dar respuesta a la nota del 8 del corriente de S. E., enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos en México, en que hace referencia al proyecto de negociaciones entre México y Estados Unidos y a los puntos citados en la comunicación del 22 del próximo pasado y la respuesta del suscrito del día 5 y que aquí se confirman.

Cuando el infrascrito declaró al señor Forsyth las dificultades presentadas en el proyecto mencionando, habló con la franqueza, sinceridad y cabal buena voluntad que caracterizan al nuevo gobierno de la República. La respuesta solamente demostró la convicción del Presidente de que una nueva desmembración del territorio nacional no podría ser ventajosa para México, que no existía Congreso para autorizarla y que, además alimentaría las llamas de la discordia interna del país.

Al infrascrito le parece que esta respuesta está fundada en hechos y reflexiones que no es posible que escapen a la penetración de su excelencia, el ministro de Estados Unidos. Desde luego su excelencia previó la situación cuando indicaba en su primera nota “que el proyecto podría inapropiado dadas las condiciones de disturbio que existen en el país y que continúan sin interrupción”, agregando que se había informado de ello en la sesión de clausura del senado de Estados Unidos. Cuando el infrascrito expuso en su respuesta que otros puntos de un tratado como el propuesto también serían peligrosos, estaba muy lejos de suponer que

ambos gobiernos no se harían recíprocamente justicia con respecto a sus mutuas y legítimas reclamaciones. El significado de la nota es muy claro y sólo menciona la excitación que pueden provocar asuntos de esta magnitud en tiempos de conmoción y desorden.

Pero el infrascrito y su gobierno aseguran que no desean nada más que la observancia de los principios de buena vecindad y justicia imparcial, para el mantenimiento de buenas relaciones con Estados Unidos.

Si su excelencia, el señor Forsyth, considera que esta parte de la nota del infrascrito, en que habla de la ejecución de una sagrada obligación, es sólo un tejido de evasivas y mala fe, el suscrito se tomará la libertad de hacer notar a su excelencia, ministro de Estados Unidos, que erróneamente ofende los sentimientos y la dignidad del gobierno existente de la República.

Tampoco puede el firmante dejar de contestar a las observaciones de su excelencia con respecto al curso natural de los acontecimientos y a la inevitable pérdida total o parcial del territorio mexicano. El infrascrito prefiere considerar esto como reflexiones personales de su excelencia, el señor Forsyth, en lugar de la amenaza que parece implicar su nota del día 8 del presente.

El infrascrito se sentirá satisfecho de equivocarse y aun así no cree errar en su deber para su patria, si reconoce que sólo es posible y hasta probable que las predicciones del ministro de Estados Unidos se realicen, si los mexicanos no son leales con los deberes que le impone su nacionalidad. Los designios de la providencia son en verdad inescrutables y cualesquiera probabilidades de levantar el velo del futuro, mostraría la grandeza de algunas naciones y la mala suerte de otras; no es posible predecir lo que Estados Unidos y México serán dentro de 50 años. Una cosa cierta es que ni uno ni otro pueblo podrían disfrutar una felicidad duradera, ni conservar su instituciones e independencia si no son guiados por principios de equidad y justicia en sus relaciones mutuas y en todo lo que tiene que ver con su gobierno interno. En lo que respecta a México su excelencia permitirá al infrascrito, con toda la buena fe de que es capaz e inspirado por los buenos deseos de que la Unión

Americana continúe disfrutando su presente prosperidad, que se encumbra a las alturas que merece, manteniéndose con el respeto que se debe a la integridad nacional de esta República y el buen nombre de su pueblo que busca su grandeza dentro de sí mismo.

El firmante tiene el honor de...

Luis G. Cuevas

FORSYTH CULPA DE SU FRACASO A CUEVAS Y SEÑALA
A ZULOAGA COMO SU ALIADO

México, abril 16 de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Envío a usted adjunta una nota del señor Cuevas fechada el día 5 del presente, en la cual se verá que el gabinete mexicano refuta o desecha, en todas sus partes, las negociaciones que, según las instrucciones recibidas, he debido proponer al mismo. Si el departamento de Estado buscase los motivos verdaderos de esta determinación en la misma nota, estaría equivocado. La nota es eminentemente mexicana en su carácter y por lo que hace a la exposición de los verdaderos deseos, sentimientos y opiniones del gabinete sobre el tema que trata, no contiene una sola palabra de verdad. De ser así habría estado redactada y en mi poder hace ya dos semanas. Mi despacho proponiendo las negociaciones, fue fechado el día 22 del próximo pasado y la respuesta del señor Cuevas se ha recibido en la noche del 7 del presente, habiendo sido fechada el día 5. El señor Cuevas parece prever esta crítica y para evitarla gana cuatro días, primero alegando que mi nota no fue recibida hasta el 26, luego siete días más por las supuestas atenciones del gobierno en las celebraciones de Semana Santa y dos días entre la fecha de su nota del 5 y su entrega el día 7 del presente.

Estoy positivamente seguro que en los 16 días entre la fecha de mis proposiciones y la fecha de la nota en que fueron rechazadas, se hizo examen sincero y cuidadoso, respaldado por un gran deseo de adoptarlas

y, estos indicios, unidos a acontecimientos recientes, me han convencido, sin lugar a duda, que las negociaciones fueron súbita e intempestivamente rechazadas en un paroxismo de cobardía política. Me explicaré: el Departamento recordará que informé que había preparado el camino de la negociación con todo cuidado, asegurándome privadamente de los sentimientos del Presidente, así como de cada uno de los miembros del gabinete. La objeción más seria que encontré, fue sin duda expresada por dos de ellos, de si era la mejor oportunidad para entrar en negociaciones durante el curso de la guerra, pero dos sostuvieron que era una medida exigida por una absoluta necesidad y aconsejada por una sabia política. Después de esto, no hice ninguna gestión oficial hasta que recibí un mensaje privado del general Zuloaga, en que expresaba que el momento de actuar había llegado y que el gobierno estaba preparado para este asunto, pudiendo yo plantear mis proposiciones. Conozco la predisposición a favor de la cesión hasta el día 5, fecha en que el señor Cuevas envió su nota, pues éste lo manifestó así a una persona de influencia eclesiástica.

Entonces ¿por qué ha sido rechazada?

Desde el arribo del Tennesse a Veracruz el día 4 del actual y la captura efectuada por Garza de un grupo de santanistas que llegaron recientemente de Cuba a Tampico con documentos muy importantes en su poder, los rumores de los designios de Santa Anna de regresar a México, se han convertido en realidades. Al mismo tiempo, el gobierno supo con sorpresa que el general Osollo había abandonado, sin autorización superior del ejército del norte, al frente del cual había ganado poder y prestigio, y que estaba en camino a la capital, con ciertos designios desconocidos. Desde los triunfos de Osollo, el gobierno ha sospechado de él y ha estado alarmado por informes en que se le acusaba de tener aspiraciones a la presidencia o se declararía por Santa Anna. Estos acontecimientos han hecho perder, momentáneamente, la confianza del gobierno en su propia estabilidad, confianza que le era esencial, según lo notifiqué ya al Departamento, para realizar los planes que acariciaba respecto a las negociaciones, razón por la cual decidieron a toda prisa rechazarlos categóricamente.

He pensado que la nota del señor Cuevas requería una respuesta, en la que he juzgado oportuno retirar la proposición de las negociaciones y señalar algunas de las consecuencias que acarrearía su rechazo. También he pensado que la ocasión era propicia para una decidida declaración sobre las demandas estadounidenses. Adjunto una copia de esta respuesta y el documento correspondiente del señor Cuevas de fecha 12 del presente. En esta última el ministro niega diplomáticamente cualquier tardanza, evasión o mala fe de parte de México en materia de sus “sagradas obligaciones”; esta negativa es espontánea; en cambio, para su conveniencia, olvida contestar el único punto de mi nota que necesitaba una demostración práctica de sus “excepcionales y finos sentimientos” y el que en verdad requería respuesta. Aludo, desde luego, a mi pregunta sobre las medidas que tomaría México para responder a las peticiones estadounidenses ya que habían rechazado las que les había propuesto nuestro gobierno. Esto es otro ejemplo de la falta de disposición o de habilidad de los estadistas mexicanos para distinguir entre palabras y hechos. Parecería que creen que cuando han emitido algunas palabras triviales sobre su alto deber y honor, ya se han liberado de todas sus obligaciones de deber y honor. Toda nuestra experiencia diplomática con México nos demuestra, en conclusión, que se necesita presionar enérgicamente para que estos sentimientos de justicia y buena vecindad, de los cuales sus hombres de Estado alardean con tanto alboroto, se conviertan en hechos prácticos. Este asunto será el tema de una segunda nota al secretario de Estado.

El Departamento de Estado debe considerar estos hechos como un nuevo aplazamiento. Las perspectivas para un tratado de cesión son tan buenas ahora, como lo fueron antes de ser rechazadas y las razones que aseguran su éxito mantienen su poder acumulativo.

No puedo decir que tenga esperanzas en la presente administración, pues creo que no adquirirá la fuerza para atreverse a concertar el tratado. Las administraciones mexicanas son breves y la presente ya da señales inequívocas de desplomarse. En verdad, creo que el rechazo de este tratado ha sellado su destino. Si Comonfort lo hubiese firmado hace un año, ahora estaría en el poder.

Espero que el Departamento vea que no he dejado nada sin remover para asegurar el éxito de las negociaciones con el gobierno de Zuloaga y puede tener la seguridad de que haré toda clase de gestiones ante el gobierno para lograr un buen éxito en el futuro. Ya percibo los elementos visibles de un cambio muy interesante hacia Estados Unidos. El tiempo y la ocasión aún no están muy maduros para una comunicación al respecto; sólo debo agregar que si no sucede nada que impida el desarrollo de estos sentimientos y habiendo tomado medidas para mantener la situación, si nuestro gobierno acepta esta posición, todo permitirá que nuestro país llegue a ser el árbitro indiscutible del destino de México...⁸

John Forsyth

⁸ En la parte omitida Manning indica que Forsyth se refiere a lo que llama “las Carnicerías de Sonora” y describe la discordia interior, expresando su punto de vista respecto a los levantamientos aislados y que el gobierno existente no logrará recuperar el control.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO COMPLACIDO POR LAS
GESTIONES DE FORSYTH

Washington, mayo 19 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

Señor:

Se han recibido sus despachos hasta el número 74 inclusive; los que tratan de las negociaciones que propuso al gobierno de México han sido puestos a consideración del Presidente. Trasmíto a usted su satisfacción por la forma con que desempeñó esas gestiones tan delicadas. Dadas las circunstancias, no considero oportuno agregar nuevas instrucciones a las que ya obran en su poder.⁹

Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

⁹ En el despacho 74 citado, Forsyth según afirma Manning, dice: “No vislumbro ni un rayo de esperanza para este país; me parece que está inevitablemente perdido, pues sus mandatarios no poseen honestidad ni sentido común. Su regeneración, si la logra, sólo puede esperarse del exterior, en forma de nuevas ideas y sangre nueva. Mientras más pronto sea, tanto mejor para México, para sus vecinos y para todos aquellos que se interesan en su destino”.

FORSYTH INICIA SU HOSTILIDAD AL GOBIERNO
CONSERVADOR

México, mayo 25 de 1858

Sr. John Forsyth,
Ministro de Estados Unidos en México.

El ministro de Relaciones ha tenido el honor de recibir la nota de su excelencia, señor John Forsyth, de fecha 22 del presente, relacionada con el decreto de 15 del mismo mes, respecto a la contribución que debe pagarse conforme a sus términos.

Las razones a que alude su excelencia, el señor Forsyth, para oponerse y protestar contra ese decreto, aunque dignas de tomarse en consideración por venir de una persona tan respetable y distinguida como S. E., son de tal carácter que pueden pesar en todos los impuestos establecidos o que pudiesen ser establecidos en la República, destruyendo por completo la libertad y el derecho que tiene y que es reconocido por los tratadistas para imponer la contribución que estime necesaria para cubrir los gastos de la administración pública.

Su excelencia, el señor Forsyth, es lo suficientemente instruido para comprender que una simple discusión sobre este punto ofende la soberanía de la nación y el ministro de Relaciones no es la persona que aceptará controvertir este asunto.

La contribución impuesta no es de guerra, puesto que no se destinará exclusivamente a ese renglón de los gastos públicos, ni es un préstamo forzoso, porque, en general, se sujeta a las reglas de la tributación común que debe ser pagada conforme al monto de los bienes de cada contribuyente y porque las acciones que ellos pueden tomar en la “Junta de Crédito Público” después de pagar a ésta la cuota total, lejos de

representar una carga o una obligación, el pago puede posteriormente ser compensado por medios legales de eficaz disposición, a favor de la Tesorería en la situación difícil en que se encuentra.

Ciertamente es de lamentar que cuando un gobierno adopta una medida tan eficaz como ésta para la regulación colectiva de sus ramas, en beneficio de todos, apelando a una fuente que una opinión unánime califica de necesaria a la vez que de moderada, encuentre obstáculos por parte del ministro de Estados Unidos con quien México desea mantener armonía y buen entendimiento. La anarquía que ha existido y que, desgraciadamente, aún existe en México y la necesidad de reprimirla y establecer un orden permanente, lejos de ser una razón para que el Gobierno se vea privado de los medios indispensables para sostener la administración, deben inclinar a S. E., el señor Forsyth, a brindar su franca y leal cooperación en lo que respecta a los ciudadanos de Estados Unidos a fin de no entorpecer el cumplimiento de este mandato. Nuestro Presidente espera esta actitud, conociendo los sentimientos que animan a S. E., el señor Forsyth, en favor de la República.

Por lo tanto, el Presidente dispone que el decreto sea puntual y exactamente cumplido y no puede suponer, por un solo instante, que el gobierno de Estados Unidos, tan celoso de sus derechos y prerrogativas como pueblo soberano, admitiera que esta clase de medidas hagan depender del consentimiento de un gobierno extranjero.

Luis G. Cuevas

FORSYTH DA SU VERSIÓN A WASHINGTON

México, junio 1° de 1858

—Extracto—

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

La aplicación de la disposición de fecha 15 del mes próximo pasado, que prevé una contribución extraordinaria a los ciudadanos de Estados Unidos, ha dado lugar a poner en práctica la posibilidad señalada en mi último despacho de una acción tendiente a objetarla. Acompañé la correspondencia sobre el asunto y por ella podrá verse que nuestros compatriotas recurrieron a la legación en busca de opinión y consejo.

Cursé una invitación al cuerpo diplomático para realizar una junta en la legación con el fin de examinar el asunto, pero mis colegas se rehusaron a una acción común, por lo cual, actué según mi criterio.

El ministro británico, señor Otway, rectificó su primera opinión y adoptó una posición intermedia, solicitando al gobierno que no sujetase a la disposición a los ciudadanos ingleses hasta que no tenga respuesta a la consulta que ha hecho al gobierno de Su Majestad. El señor Cuevas, en una nota enviada al señor Otway, se negaba, suplicando al ministro británico retirase su petición. El señor Otway, en lugar de acceder, insistió en su solicitud. Creo que esto es una protesta de hecho pero no de forma.

Todos los extranjeros están sumamente excitados con este asunto y con o sin el apoyo de sus respectivas legaciones han optado por actuar siguiendo el consejo que he dado a los ciudadanos estadounidenses. Los franceses, ingleses, alemanes e italianos han realizado reuniones y se han

organizado en compañía de seguros mutuos, jurando resistirse a la disposición y auxiliarse entre sí frente a las pérdidas que les ocasionaría la expropiación, si el gobierno la adopta como medida de fuerza.

Para mantener informados a los estadounidenses residentes en el interior del país, he pedido al señor Black y al señor Cuevas que mis notas sean publicadas.

Espero tener la aprobación del departamento de Estado respecto a los argumentos planteados en mi nota al señor Cuevas y a mi oposición a la contribución extraordinaria. No cabe duda de la forma irregular, parcial y, en algunos casos arbitraria, en que la mencionada ley se ha puesto en práctica; es un plan particularmente severo para obtener dinero de los comerciantes y capitalistas extranjeros y se lleva a cabo en un momento inadecuado e inoportuno, cuando por determinación del gobierno se hallan detenidos en Veracruz, desde hace cinco meses, todos los productos exportados a esa ciudad, que alcanzan a 20,000 bultos y que la fuerza del general Echeagaray no permiten entregar a los centros de consumo del interior. El gobernador Zamora ha cobrado los impuestos correspondientes y, sin embargo, allí han quedado ocasionando fuertes pérdidas al comercio interesado, habiéndose pasado la temporada oportuna para su venta y expuestas a las inclemencias del tiempo. Estando la mayoría del comercio en manos de extranjeros, resulta claro que, si persiste esta situación, no quedará en México ninguna firma solvente.

Una de las consecuencias más notorias de estos hechos ha sido que numerosas personas, tanto nacionales como extranjeras, recurran a esta legación a protegerse de la intención del gobierno de poner sus manos en sus bolsillos y, en relación a esto, la vaga idea sobre un protectorado estadounidense que flotaba en la mente del público, ha tomado una forma más precisa y definida.

No creo impropio decir —pues es la verdad— que el paso que he dado ha destacado la influencia y posición del representante de Estados Unidos en esta capital. Cuando el cuerpo diplomático no se sintió convencido con los argumentos que les planteé, se rehusaron a actuar en común; en cambio, ahora, una mayoría está conmigo. El ministro francés,

señor De Gabriac, que se opuso a mis opiniones expresadas en la junta, se ha quedado solo con el ministro de Guatemala, caballero que no manifiesta ningún interés en el asunto y que es mexicano por su matrimonio, por su residencia de largos años en el país y por sus relaciones y sentimientos...¹⁰

John Forsyth

¹⁰ La parte omitida de este despacho, según el Dr. Manning, menciona un préstamo forzoso en San Luis Potosí y la protesta del cónsul de Estados Unidos contra la actitud del ministro francés y el resentimiento de sus representados, lo que hizo que abordaran a Forsyth en demanda de consejo. Se exploya sobre la actitud tomada frente al encarcelamiento de varios ciudadanos estadounidenses y sobre los movimientos militares contra el gobierno, todo lo cual se encuentra en los numerosos documentos adjuntos.

FORSYTH NO CONFORME CON SU DERROTA. ARROJA LODO
A ZULOAGA

México, junio 17 de 1858

Sr. Lewis Cass,
Secretario de Estado de los Estados Unidos.

Señor:

Un nuevo episodio ha ocurrido en la historia de las negociaciones sobre cesión de territorio y, con el fin de mantener a ese Departamento enterado de todo lo acontecido, juzgo conveniente relatarlo.

Hace ocho días recibí un mensaje del Presidente indicándome que la contribución del decreto del 15 de mayo no había rendido los resultados esperados por la tesorería y que no le quedaba otra alternativa que una venta de territorio; para disponer de dinero con que salvar su gobierno deseaba reanudar conmigo las negociaciones rechazadas hace unas semanas.

Contesté al instante: “Decid al Presidente que en ocasión anterior fui engañado por sus mensajes y los de los miembros de su gabinete sobre este asunto, por lo que tenía la seguridad que todos estaban en favor de esta medida, que se me había indicado el momento propicio para que hiciera mis proposiciones formales y que, posteriormente, habían sido rechazadas; que es indudable que fui engañado, sea por quienes me enviaron los mensajes o por su mensajero; que no pudiendo exponerme a que se repita esto, no daré un paso en este asunto, hasta no saberlo de boca del mismo Presidente”.

El caballero, el mismo que había traído el mensaje anterior, regresó a Palacio y volvió en seguida con una invitación a una entrevista privada con el general Zuloaga para las 9 de la noche siguiente, en su residencia. Asistí a la cita y en ella el Presidente me confirmó el recado

de su mensajero; en dos horas de conferencia me confió sus problemas y necesidades y concluyó manifestando que estaba decidido a realizar este gran sacrificio por el bien de su país y su propia salvación.

Le observé que podrían presentarse obstáculos en el gabinete y mencionó la hostilidad del señor Cuevas, en general a todo lo que tuviera que ver con el americanismo. Dijo que en verdad el señor Cuevas era el único obstáculo y, hablando libremente de su primer ministro, declaró que el señor Cuevas tendría que aceptar el hecho o retirarse del cargo.

Determinamos un plan definitivo de acción, calculando que toda la transacción fuera completada con tiempo para enviar el tratado a Estados Unidos por el vapor del día 21. Decidió que al otro día haría los siguientes cambios en su gabinete: Elguero saldría de la secretaria de Gobernación para ir a Justicia, remplazándolo por Pesado que favorecía en todo esta solución. En esta forma Cuevas quedaría solo en la oposición y se adheriría al proyecto o se retiraba. Que a los dos días me informaría si el asunto estaba arreglado, debiendo mantener yo otra entrevista y hacer los arreglos para la apertura de negociaciones, quedando a su cargo tomar la iniciativa ya que yo lo había propuesto a su gobierno con anterioridad.

Tal vez cause sorpresa al Departamento saber que pasó el “segundo día” sin recibir las noticias que me había prometido. Desde luego que no me acerqué al Presidente; pero me enteré que le había faltado valor para poner en práctica lo estipulado y se disculpó diciendo que el gabinete lo obligaba a hacer un último intento para poner en vigor la ejecución del decreto antes de recurrir a tan extrema medida.

Estoy enterado que por el último vapor el señor Cuevas escribió al señor Robles pidiendo mi retiro. El Departamento sabrá que esto no me sorprende ya que en una nota oficial al secretario de Estado, fechada abril 14, me di cuenta de los acontecimientos y no soy yo quien juzgue que un ministro mexicano tenga la posibilidad de hacer una petición tan tonta. Debo decir con certeza que no existe razón alguna para ello, excepto que he alterado la compostura de los caballeros estadistas de palacio con mi insistencia, demostrando que no han querido atender el asunto.

Debo agregar que el nuevo ministro británico ha sido enviado como último recurso pacífico a fin de obtener justicia para aquellos ciudadanos (británicos) que retienen la deuda que México ha descuidado por tanto tiempo y tan vergonzosamente. Si fracasa, Gran Bretaña ha resuelto adoptar medidas más decisivas. Considero esto un hecho de importancia que será ventajoso para Washington. La presión de la convención de la deuda británica puede servir para obligar a México a ceder territorio mediante un tratado, como único recurso para apaciguar a Gran Bretaña. No dejaré de estar pendiente de este asunto.

Temo que el señor Cuevas no conteste mi nota de esta fecha hasta la salida del Tennessee que, según tengo entendido, realiza su último viaje de verano.

No me sorprendería se provoque un cambio en el gabinete a consecuencia de la conferencia de Zuloaga conmigo. Espero que el Departamento comprenderá mi ansiedad por conocer las medidas que deberé adoptar en la situación tan difícil en que me encuentro. En verdad estoy sólo en México librando la batalla de todos los extranjeros, ya que existió una única tentativa de colaboración de parte del ministro británico; el francés acepta totalmente la causa mexicana, mientras dice abiertamente a sus conciudadanos, que si los americanos ganan, ellos disfrutarán el beneficio de la victoria. Seguro de que estoy en lo justo, no me pesa estar solo, lo que puede tener ventajas en relación a la influencia de nuestro gobierno en México.

No se puede ofrecer una mejor oportunidad que la presente, para un claro entendimiento de nuestras relaciones con México y un arreglo definitivo de todos los asuntos pendientes que demandan solución. Es inconcebible lo inútil, criminal y tiránico que es el actual gobierno de México para el bienestar del país.

Después de haber pisoteado todo vestigio de la libertad de prensa, tiene en su poder las fortunas y la vida de los hombres, sin ninguna responsabilidad legal o constitucional, pues no reconoce otra ley más que

la de su deseo y sus temores...

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

CUEVAS RESPONSABILIZA A FORSYTH POR SUS
INTEMPERANCIAS
Y NO AL GOBIERNO ESTADUNIDENSE

México, junio 18 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, ha recibido la nota del honorable ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Estados Unidos, con respecto a la orden emitida por este ministerio, indicando al ciudadano americano Salomon Migel salir de la República por haberse negado a hacer el pago de la contribución impuesta por decreto del día 15 último, habiendo sido necesario para ello hacer uso de la fuerza armada.

Como los términos empleados en la nota de su excelencia, el señor Forsyth, son tan vehementes y ofensivos, el infrascrito se siente ampliamente justificado al no dar respuesta. Pero, ya que en asuntos de esta magnitud es propio que la causa de la justicia y el derecho deban quedar claramente expuestos, el infrascrito se encuentra obligado a examinar, aunque brevemente, la nota de su excelencia, el señor Forsyth, no obstante la desfavorable impresión causada por sus letras y la convicción de que la presente no tendrá otro efecto que dar a S. E. oportunidad de escribir otra más ofensiva. El suscrito no comprende el fin que persigue S. E., el señor Forsyth, al utilizar en la correspondencia cursada a este ministerio y en relación con los asuntos actuales, un tono tan acre que no tendría justificación ni siquiera en las circunstancias más desfavorables, aun suponiendo una suspensión o ruptura de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

El infrascrito espera, sin embargo, que este desagradable incidente no tendrá otras consecuencias que la responsabilidad de S. E.,

el señor Forsyth, ante su propio gobierno.

El infrascrito, al dar respuesta a la nota de su excelencia, tiene el deber de señalar obvia y naturalmente ciertos hechos. Su excelencia, en una de sus notas al cónsul de Estados Unidos en esta ciudad, ‘ha revelado el hecho que, a raíz de la promulgación del mandato del día 15 último, convocó a una reunión del cuerpo diplomático y que no estando de acuerdo sus colegas en oponerse al decreto, tuvo que actuar por sí mismo y bajo su propia responsabilidad. Confesando, entonces, como su excelencia ha hecho públicamente, que discrepaban con él autoridades tan respetables y no teniendo instrucciones de su gobierno para el caso, ¿cómo se aventuró su excelencia a manifestar tan decididamente que el decreto no se debía aplicar a los ciudadanos de Estados Unidos? ¿Cómo podía aconsejarles e insistir para que no cumplieran con él? Finalmente, ¿cómo podía autorizar una resistencia que obligó a utilizar la presencia de las bayonetas? Esta reflexión, aunque fundada en su ocasional autoridad, tiene mucha mayor importancia ya que, él mismo, su excelencia, el señor Forsyth, había declarado que no era conveniente actuar sin procurar el acuerdo colectivo de los ministros extranjeros. Contra la costumbre más respetable de la inviolabilidad y reserva de documentos de esta índole, su excelencia publicó las notas dirigidas al suscrito no sólo con la intención de promover la desobediencia a la ley, sino autorizándola y, de hechos tales, existen escasos ejemplos en la historia diplomática. El suscrito tiene a la vista un folleto impreso en Estados Unidos, en el cual el señor don Mariano Briseño, ministro de Venezuela en ese país, publicó la correspondencia cursada entre su legación y el honorable señor Lewis Case, secretario de Estado, referente al asunto de la Isla de Pájaros. El infrascrito ha sido informado por el ministro de la República en Washington, que, a consecuencia de esa publicación, hecha sin el conocimiento ni el consentimiento del departamento de Estado, ha sido suspendida toda relación con el señor Briseño. Su excelencia, el señor Forsyth, no puede ignorar las razones de alto interés público e internacional sobre los cuales se funda la reserva diplomática; puede alegar que sólo dio a publicidad sus propias notas, haciendo solamente referencia a las del infrascrito; por esta misma razón

las anteriores no debieron haber sido publicadas.

Su excelencia, el señor Forsyth, ha calificado con muy poca cortesía la declaración emitida por el suscrito en la orden transmitida ayer al gobernador del Distrito de México, “en relación a la resistencia presentada por varios extranjeros al embargo, resistencia que sólo cedió ante la presencia de las armas” y agrega, “que no fue aceptada por ninguno de los ministros extranjeros, ni directa ni indirectamente”. Aunque el suscrito no hubiera encontrado en las notas de su excelencia, el señor Forsyth, una oposición de tal naturaleza, las razones más claras y ostensibles obligaban al infrascrito a hacer dicha declaración. Aquel que no obedece la ley o a la autoridad, a menos que se vea obligado por la fuerza, está en rebeldía contra el poder público, especialmente bajo circunstancias en que se piensa o se sospecha que intenta darle carácter político a esta resistencia. Hacer necesaria la intervención de la fuerza armada es admitir culpabilidad, suponiendo que el poder legal o moral de la magistratura civil se ignore completamente. Suponer que una protesta puede no tener validez, a menos que se haga ante soldados y no ante funcionarios u oficiales públicos, sería nulificar todos los principios de moralidad y justicia. Pero el señor Forsyth ya ha hecho esta declaración anunciando al cónsul de Estados Unidos, en su carta de mayo 22, que en caso que el Supremo Gobierno adopte medidas coercitivas para hacer valer la ley, debe oponerse resistencia.

El embargo de bienes raíces, arraigo, multa, se consideran medidas coercitivas y nadie pretende que dejen de serlo, puesto que no son las fuerzas armadas las que los sostienen. Su excelencia, el señor Forsyth, como jurisconsulto, sabe bien que el funcionario ejecutivo es el representante de la justicia nacional y que había en nombre de la suprema autoridad. Afirma que para dar validez y legalidad tiene que presentarse la autoridad civil acompañada por fuerzas armadas y con esto hace suponer que lo último es lo que da validez al año. Su excelencia, el señor Forsyth, debe meditar sobre la posibilidad de adoptar tal sistema. Por otra parte, debemos decir que aquel que niega el poder de la magistratura civil y basa su protesta en las armas, resta validez a su derecho y crea un estado de rebelión contra la justicia pública.

El infrascrito tiene la completa seguridad que la declaración anterior coincide con la correspondencia y opinión de su excelencia, el ministro plenipotenciario de Gran Bretaña.

Su excelencia, el ministro de Estados Unidos, para justificar la conducta del ciudadano estadounidense Salomon Migel, asegura haber actuado conforme a instrucciones recibidas y, por lo tanto, su excelencia no es el responsable. El infrascrito nunca ha sabido que un ministro extranjero tuviese facultades para indicar a sus conciudadanos que no obedezcan las leyes del país en que residen. Parece que el señor Forsyth cree lo contrario y que desea convertir su representación oficial como ministro de Estados Unidos en un gobierno en oposición a otro gobierno, olvidando que, como ministro, sólo puede brindar protección a sus conciudadanos de acuerdo a las leyes de ese país, con el sano consejo que le pueda ofrecer y cultivando buenas y francas relaciones con el gobierno del mismo, lo que redundará en beneficio de todos. Pero erigirse en líder de oposición a una ley proclamada, inducir a la desobediencia y crear en esa forma una desagradable y fatal complicación, es, en verdad, una extraña línea de conducta, difícil de justificar entre gente civilizada. Por esta razón el suscrito estimó de alto interés político precisar en la orden al gobernador del Distrito, que una resistencia como la presentada por ciertos extranjeros, que hizo necesaria la intervención armada, no era y no debía ser auspiciada por ningún ministro extranjero reconocido ante este Gobierno. Su excelencia ahora impugna esta declaración, negando sus propias palabras y negando, además, haber utilizado su carácter diplomático para solapar actos de infracción a la ley, en circunstancias difíciles que demandan excesiva prudencia. Con el fin de prevenir lo acontecido, el infrascrito dirigió a su excelencia, el señor Forsyth, su nota de junio 1º, en la cual, después de aconsejarle la postergación del primer entero de la contribución, le recomendaba usar su influencia para prevenir consecuencias desagradables, haciendo conocer a sus conciudadanos los benévolo sentimientos de la Suprema Corte. Estas expresiones son bien precisas.

El infrascrito formula esta comunicación a su excelencia, el señor Forsyth, rogándole haga saber a los ciudadanos de Estados Unidos la

buena voluntad y prudencia con que el gobierno desea proceder en este asunto y la necesidad de que ellos no pongan obstáculos en el desarrollo de la ejecución del decreto, cooperando con los fines de la administración, que desea ardientemente paz y orden público, así como evitar cualquier complicación desagradable que con seguridad sería contraria a sus intereses y sentimientos.

Como su excelencia, el señor Forsyth, no objetó esta recomendación, el infrascrito pensó que actuaría dentro del espíritu en que había sido concebida o que, cuando menos, no autorizaría ningún acto de violencia en contra de la ley, ni sostendría doctrina tan extrema, como la expresada en la nota ya contestada. El gobierno del infrascrito, de acuerdo con sus sentimientos y convicciones, está dispuesto a brindar a los extranjeros toda la protección que ellos merecen conforme a las leyes internacionales y considera una gran bendición conservar buenas y amistosas relaciones exteriores. Cuando el decreto del día 15 sea cuidadosamente examinado se notará que establece un impuesto que no puede ser objeto de una controversia diplomática; que la violación de derechos y principios que se aducen, par una medida de la naturaleza de un impuesto general sobre la propiedad establecido en forma suave y nada ofensiva, no puede dar lugar a prejuicios. Para un gobierno dejar de lado sus derechos de soberanía nacional y establecer como sistema que esta clase de impuesto debe ser pagado por los ciudadanos y no por extranjeros, sería desorganizar completamente la administración interior del país y crear dificultades internacionales que no serían ventajosas para nadie. Finalmente el procedimiento seguido con respecto al ciudadano estadounidense Salomon Migel, por no respetar a las autoridades supremas en forma pública y alarmante, pertenece a los procedimientos basados en la ley y política de todos los países. El suscrito lamenta, por lo tanto, informar a su excelencia, el señor Forsyth, que su excelencia el Presidente no puede revocarlo.

El infrascrito dijo, al principio, que confiaba que el gobierno estadounidense no aprobaría la oposición del señor Forsyth al decreto del día 15 último; mantiene esta esperanza y sinceramente desea que la

correspondencia que se ha cursado entre su excelencia y el infrascrito no complique en ninguna forma las relaciones de mutua cortesía y justicia quo deben existir entre ambos gobiernos.

El infrascrito aprovecha la oportunidad, etc....

Luis G. Cuevas

FORSYTH QUIERE CONVERTIR SU PUGNA CON CUEVAS
EN GUERRA AFRICANA

México, junio 19 de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Anoche algo tarde recibí una nota del señor Cuevas en respuesta a la mía del 17 del presente. Ya que el correo está a punto de partir no tengo tiempo de copiarla y traducirla para el Departamento.

La nota es larga y bien redactada, comienza con una queja por los términos “ofensivos y fuertes” de mi nota del 17. Lamenta el que yo haya publicado mi protesta, responde a alegatos que no mencioné, ataca posiciones que no he mantenido, relata la falsedad de los ministros de Relaciones Exteriores y no intenta negar o defender los cargos porque Salomon Migel ha sido desterrado por falsas imputaciones que resultaron convenientes, ya que la verdadera razón fue provocar terror y así forzar a pagar el impuesto fijado.

Daré respuesta inmediata a esta nota, refutando los cargos con todo cuidado, llevando la guerra un poco al África a fin de mostrar que todo el comportamiento del señor Cuevas, desde que asumió la cartera de Relaciones Exteriores, ha sido una falta de atención a los derechos y a la justicia hacia Estados Unidos, logrando tal vez intencionalmente enredar a los dos países. Terminaré informándole que las relaciones de la legación con el gobierno de México serán suspendidas hasta que reciba instrucciones de mi Gobierno al respecto.

Las noticias de San Luis Potosí a las que me referí en mi última

nota, son malas. Creo que el general Miramón, hizo un préstamo forzoso a su favor, además del que estamos tratando en esta capital. Un caballero inglés, Mr. Davies, negándose a pagarla, fue arrestado y arrojado a las líneas del ejército con un rifle en sus manos y obligado a marchar durante horas alrededor de las calles en una posición degradante. Cuando el cónsul británico amenazó con reclamar a este virtuoso general, dijo que a él no le importaban las reclamaciones pues no tendría que pagarlas nunca, que lo que quería era dinero para pagar sus tropas. El ministro británico ha tomado severas medidas y exigido se devuelva el dinero inglés dentro de las 24 horas y el juicio y castigo del general Miramón. El dinero puede sacarse de algún modo, pero el gobierno de palacio no podrá consentir en el castigo de uno de sus más poderosos generales. Este incidente es una prueba de la verdad de lo que advertí últimamente a este gobierno de que, en las condiciones excepcionales de México, quedarse al margen de las medidas del gobierno por traspasar los límites de estricta legalidad en sus intentos por adquirir dinero, es la única seguridad con que cuentan los extranjeros.

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

SUSPENDE FORSYTH LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS
ESTADUNIDENSES CON EL GOBIERNO CONSERVADOR

México, junio 21 de 1858

Sr. Luis G. Cuevas
Ministro de Relaciones Exteriores de México

El infrascrito, excelentísimo enviado y ministro plenipotenciario de Estados Unidos, tiene el honor de acusar recibo de la nota de su excelencia, ministro de Relaciones, del día 18 del actual en respuesta de la suya del día 17 del corriente en la que hizo, como parece, un esfuerzo estéril para inclinar al gobierno de México a rectificar el cumplimiento de las medidas injustas y arbitrarias tomadas contra el ciudadano de Estados Unidos Salomon Migel. En la nota que se contesta su excelencia, el ministro de Relaciones, ha presentado cargos por ofensas que sólo existen en la mente del acusante y ha contestado argumentos y combatido doctrinas que el suscrito ni siquiera ha mencionado sostenido. Firme en la convicción de su correcta posición y lastimado sensiblemente porque el ministro de Relaciones tanto en esta nota como en toda su correspondencia anterior con esta legación, ha permitido con su antipatía nacional opacar su claro juicio, incurriendo en graves errores que pueden acarrearle gravísima responsabilidad, el infrascrito, por él mismo y a nombre del gobierno al que tiene el honor de representar, desea dejar constancia, en la secuela de esta correspondencia, de la clara demostración de ambos hechos importantes. Con este fin examinar cuidadosamente la nota de su excelencia, el señor Cuevas, que tiene a la vista.

El señor Cuevas principia su despacho observando que la nota del 17 del presente está escrita en términos “vehementes y ofensivos” que lo

eximen de la obligación de contestarla. Si el suscrito tuviese interés en refutar, diría que su respuesta no fue ni “vehemente ni ofensiva” sino, al contrario, se redactó con seguridad y frialdad. Lejos de ser “vehemente” expresa el deliberado propósito, en armonía con la carrera diplomática de su excelencia, de demostrar su disconformidad hacia el gobierno de Estados Unidos y, mientras no puede creer que su gobierno lo considere ofensivo, éste no duda que su excelencia recibirá el crédito que lo amerita. En lo que se refiere a la opinión personal del infrascrito, éste no puede calificar la nota del señor Cuevas en ninguna otra forma que de “ofensiva”.

Comprende perfectamente lo que se trasluce en el fondo de todo este asunto, pero se reserva para mejor oportunidad un desarrollo explícito de las singulares circunstancias que sabe se han combinado.

En otra ocasión el infrascrito sería más susceptible a la ofensa. Por ejemplo si hubiese interpretado mal los actos y la posición del ministro de Relaciones y lo hubiese expresado verbalmente, naturalmente que se sentiría inclinado a evadir el acto por considerarlo ofensivo. Esta no es la primera vez que las normas del sistema dilatorio y evasivo del ministro de Relaciones ha obligado al suscrito a llamar la atención sobre ciertos actos que han sido tachados de ofensivos. El objetivo continúa siendo el mismo. El infrascrito se vio obligado a enfrentar hechos, a exigir y lograr justicia, a decir la verdad y sabe hacerlo con la educación y propiedad con que puede dar lecciones cualquier ministro de Relaciones Exteriores mexicano, ya sea por precepto o ejemplo, y también sabe cuando es necesario afrontar hechos graves y serios con frases vanas y vagas. Si la verdad es ofensiva para el ministro de Relaciones Exteriores, la falta de la verdad se la que debe considerarse como tal. En cualquier sentido el suscrito rechaza enfáticamente el cargo de su excelencia de “ofensivo”. Su excelencia no comprende por qué el infrascrito da a su correspondencia con el ministerio de Relaciones Exteriores el “carácter áspero” y desea que este “infortunado incidente” no tenga, a pesar de todo, más consecuencias que la condenación de su propio gobierno. Si el infrascrito se ha expresado impulsiva y enfáticamente, ha sido consecuencia de la justa indignación que ha

sentido al negársele sistemáticamente justicia a su gobierno y conciudadanos, hecho que ha estado soportando, desde que el señor Cuevas es ministro de Relaciones. Su excelencia encontrará fácil solución a su incertidumbre en los archivos de su propio Ministerio.

Mientras reconoce sinceramente cualquier malentendido que emana de la correspondencia entre nuestros dos países, sería de desear que el intercambio de dicha correspondencia con esta legación hubiese servido para expresar los ardientes deseos de que ahora hace gala. Lejos de esto, el infrascrito tiene el pensamiento fijo en que su excelencia, el señor Cuevas, continuamente elabora enredos para enfrascar a ambos países en dificultades o, aprovechándose de la magnanimidad del gobierno de los Estados Unidos, insulta impunemente su dignidad y niega justicia a sus ciudadanos. La forma en que maneja su excelencia el asunto de Jesús Ainsa basta para hacerle el cargo ante cualquier tribunal imparcial, pues, en este caso, sin la sombra de ningún objetivo ni ventaja o necesidad política, su ultimátum ha sido de tal carácter que no deja a Estados Unidos otra alternativa que el deshonor o aplicar su poder físico en apoyar su justo derecho. Pero esto no es un caso único. En el asunto de Amílcar Roncarí, preso durante cinco meses, sin acusación, sin juicio, sin trámite legal; el suscrito ha suplicado a su excelencia en repetidas notas e invocado su humanitarismo en entrevistas privadas, sin ningún resultado. Hace algunos días el infrascrito tuvo que apelar al Presidente en persona para lograr se haga la justicia a la que su ministro de Relaciones Exteriores es insensible. Ha visto con indignación cómo el juez que actúa en el caso Roncarí ha publicado edictos a fin de convocar testigos para condenar a un hombre que sufre cinco meses de prisión sin acusación. Si al infrascrito se le diera oportunidad de manifestar su indignación por el hecho de quitar la libertad a un hombre, es de suponerse que se tachará su lenguaje de rudo, ofensivo e indigno de los oídos del ministerio de Relaciones Exteriores.

Existe, además, el caso del cónsul de Mazatlán, Sr. Smith, el caso del ultraje a la bandera de los Estados Unidos tan grave y reprochable que no se puede concebir. Las notas de esta legación ni siquiera han merecido la atención de S. E., a pesar de haber sido informado que el gobierno de

Estados Unidos había dicho a su ministro que esperaba la rápida acción del gobierno mexicano. Esta constante predisposición en ciertos casos y el completo abandono de otros, ha forzado al suscrito a pensar que el ministro de Relaciones busca romper relaciones con su gobierno o que desprecia sus reclamaciones de justicia como no merecedoras de su atención. Además, el suscrito no olvida que su excelencia, como ministro de Relaciones Exteriores, estaba encargado de la diplomacia del gobierno de México hace once años en el curso de la guerra entre ambos países y que no olvida el adagio de los Borbones que dice “aprendiendo nada y olvidando nada”. No aprendiendo nada de las anteriores experiencias se mantiene en la misma brecha, llevando inevitablemente el mismo camino catastrófico que tan pertinentemente siguió en 1845.

Si esta correspondencia causara una interrupción en las pacíficas relaciones entre ambos países, el infrascrito acusa directamente al ministro de Relaciones Exteriores, por considerarlo el instigador y autor activo, pertinaz y responsable.

En verdad, las complicaciones y dificultades suscitadas con gobiernos extranjeros parecen ser la especialidad eficiente de su excelencia pues su diplomacia, dejando de lado la guerra con Estados Unidos, atizó en tal forma su pluma en su correspondencia con el almirante francés Baudín que motivó la penosa ruptura entre México y Francia. Estos recuerdos vergonzosos ayudan al suscrito a defenderse de las imputaciones que se le hacen, calificándolo de autor de esta inamistosa correspondencia. El suscrito pasa par alto la amenaza de su responsabilidad frente a su propio gobierno; afortunadamente en esa eventualidad, su excelencia no tiene voto.

El señor Cuevas alega con énfasis el hecho de que después de que el suscrito tuvo una reunión con el cuerpo diplomático para conferenciar sobre la actitud de los extranjeros respecto al decreto del 15 de mayo y no habiendo logrado su apoyo para una acción común, no debió haber tomado ninguna determinación por cuenta propia.

El infrascrito no desconoce ciertas instrucciones de los gobiernos en que se admiten, por la ley de las naciones, diferencias de opinión entre los colegas diplomáticos. Si las responsabilidades oficiales son

individuales e independientes, necesariamente el derecho de opinión y acción también es individual e independiente.

El señor Cuevas se considera un diplomático de tanta experiencia como para ser capaz de negar esta aseveración. El infrascrito tenía el deber de actuar de acuerdo con sus colegas si eso era posible, pero, de faltar ese acuerdo, tenía plena libertad para actuar según su propio arbitrio. Pero, mientras en la junta no se concertó ninguna acción común, el suscrito celebra que el su excelencia, el ministro británico, que hacía pocos días había llegado a la capital, coincidiera fundamentalmente en los puntos concretos sobre la contribución impuesta por el decreto del 15 de mayo.

Se acusa al suscrito de violar la reserva diplomática al publicar su nota al gobierno mexicano sobre el decreto y, con singular inconsistencia, se le acusa de publicar su propia nota y a la vez de no sanear públicamente la supuesta ofensa en cuanto no publicó la nota de su excelencia. Si el señor Cuevas lo desea y piensa que se ha sido injusto con él, esta legación no pone objeciones a dar a publicidad toda la correspondencia intercambiada. Pero mientras el suscrito acepta la conveniencia y general observancia de la reserva diplomática, también opina que, existen excepciones como en todas las reglas. Los ciudadanos de Estados Unidos residentes en México, por conducto de su cónsul, habían entrevistado a su ministro para conocer sus opiniones y pedir su consejo sobre sus derechos y obligaciones en el país, que estaban precisamente contenidas en el alegato dirigido al gobierno mexicano; estaban en todo su derecho de abordarlo y era lo más propio dárselos a conocer, así como la carta dirigida al cónsul. Al hacer esto —que no se puede negar— hizo uso del derecho de dar su opinión a sus connacionales y por ello no se transgredió ningún principio de reserva diplomática, pues no fue dada en el estilo formal de un despacho diplomático sino en forma de una nota dirigida al señor cónsul Black. Si hubieron razones de parte del gabinete en Washington contra la publicación del folleto de don Mariano Briseño, ministro de Venezuela, a que se refiere S. E. —hecho que desconozco— el suscrito tiene la seguridad que las circunstancias fueron diferentes a las del presente caso.

De hecho, cuando la correspondencia del suscrito estaba en manos del señor cónsul Black, donde tenía derecho de estar, ya era virtualmente pública y sólo se divulgó más porque los ciudadanos estadounidenses informaron a los residentes del interior del país. El suscrito no tiene nada que reprocharse en este asunto.

Su excelencia dice que el suscrito ha calificado en “forma poco cortos” la declaración que hizo en el *Diario Oficial* con relación a la actitud de los ministros extranjeros respecto al embargo. El suscrito sintió que fue mal interpretado por el ministro de Relaciones y creyó que esa interpretación se debió a la expresa razón de crear un falso pretexto para cometer un acto de injusticia contra un ciudadano estadounidense. La explicación del señor Cuevas no hace variar su opinión. Cuando su excelencia escribió e imprimió que el señor Migel y otros, siguiendo el consejo del infrascrito de no pagar la contribución a menos que fuesen forzados a ello, sin haber sido aceptada su opinión por ningún ministro extranjero, escribió e imprimió algo plenamente contradictorio con los antecedentes públicos del asunto. De combatir el concepto de que un oficial armado que ejecuta órdenes bajo la autoridad de un gobierno, no es el representante de la fuerza del gobierno sino un oficial militar respaldado con soldados y bayonetas, su excelencia combate una posición que el suscrito nunca ha negado. La doctrina expuesta por S. E. sobre este punto, está en pleno acuerdo con la del infrascrito. Lo que significa que la fuerza es asunto personal y, mientras S. E. y el suscrito opinaban de este modo, el señor Migel y otros creían que las bayonetas solo constituían la fuerza necesaria para proteger sus derechos. En lo que respecta al asunto principal, no tiene importancia si se utilizó fuerza civil o militar. Lo esencial del problema es si las fuerzas fueron desobedecidas, pues si se considera resistencia aquello que constituye ofensa a la ley, no puede pretenderse que hubo resistencia. El infrascrito sabe que en el caso de Migel no existió. Por consiguiente el señor Migel fue súbitamente separado de su familia y sus negocios y expulsado del país por un delito que no había cometido en lo absoluto y por una ley de facto expedida expresamente para el caso. Bajo falsa acusación fue condenado para servir a la política del gobierno mexicano que necesitaba

aterrorizar a los demás, obligándolos a obedecer la mencionada ley. Elegir a un ciudadano estadounidense para este sacrificio, estuvo en armonía con la justicia que el suscrito ha estado recibiendo del ministerio de Relaciones Exteriores para con sus conciudadanos. El exilado americano ha obedecido el mandato del gobierno y ha abandonado el país y el infrascrito ha recibido información que éste es, el único de los seis condenados que ha acatado la orden, pues las víctimas francesas están seguras en la capital, protegidas por una parcialidad discriminatoria y por influencias que, sin duda, serán apreciadas en su justo valor en Washington.

Lo anterior responde al cargo de su excelencia de que el suscrito es el jefe de la oposición “contra la ley del país y el responsable de incitar a otros a desobedecerla”. El suscrito no ha ordenado oponer resistencia ni tampoco se ha hecho. Es de suponer que si el gobierno de México decretara una buena mañana que todas las cabezas de los extranjeros fuesen cortadas y los ciudadanos estadounidenses demandasen consejo a su ministro, no se le podría culpar si les dijese “amigos, considero que se trata de una ley severa y sólo puedo aconsejarles que siendo unos pocos para oponer resistencia a un gobierno que cuenta con un ejército en la ciudad, se acerquen al lugar de ejecución y pongan voluntariamente sus cabezas en la guillotina”. Este es precisamente el consejo dado a los estadounidenses y seguido por ellos respecto al impuesto y, ni en el consejo ni en su adopción, existe ofensa alguna al gobierno mexicano. Tal vez la parte más sorprendente de la nota de su excelencia es aquella en que cita un párrafo de la nota anterior dirigida al suscrito de fecha junio 1º, en la cual le informa que el Supremo Gobierno, animado por “los más benevolentes sentimientos hacia los extranjeros” y ansioso de evitar complicaciones desagradables, había concedido una prórroga al primer entero del impuesto y esperaba, en consecuencia, que el infrascrito diera “a entender a sus conciudadanos la buena voluntad y prudencia con la que el gobierno desea llevar este asunto” y les aconsejase que no objetaran el pago del impuesto. ¡Inmediatamente después de esto el *Diario Oficial* publicó que esta prórroga tan generosa era por seis días! Por tanto dice S. E. que como el infrascrito no dio

respuesta a esto, el suscrito supuso que no habrían problemas con los ciudadanos estadounidenses y que su sugerencia sería adoptada y cumplida siguiendo las recomendaciones contenidas en la nota. Ahora bien, la razón por la cual el infrascrito no dio respuesta a esta proposición, es que la consideró tan absurda como insultante. ¿El ministro de Relaciones esperaba que por una mera sugerencia del gobierno mexicano y en consideración a su “generosa” resolución de prorrogar por seis días el cobro del impuesto, el ministro de Estados Unidos cediese después de las graves objeciones y las solemnes protestas planteadas por la ilegalidad de este impuesto gravado sobre sus conciudadanos? Sólo la pregunta implica una negativa.

El infrascrito ha examinado lo tratado por su excelencia en su nota y ha llegado a la conclusión que “el Presidente no puede revocar la orden” de exilio al señor Miguel. Esta resolución del Presidente obliga al suscrito a realizar una gestión grave y desagradable.

El hecho por el cual el señor Miguel sufre graves consecuencias, en sí mismo, pudo haberse pasado por alto, considerándolo un error de juicio originado por la exaltación de sentimientos y pudo haberse discutido en momentos de mayor control y mayor entendimiento. Pero en la forma, el orden, la secuencia, con que se fueron sucediendo los hechos, el infrascrito no pudo ver más que un designio deliberado y premeditado para obligar a Estados Unidos a someter su poder y dignidad ante México. Su excelencia repite dos veces en su despacho que el gobierno de Estados Unidos se someterá a estas humillaciones y condenará a su ministro. Está bien claro que la política del señor Cuevas se basa en esta hipótesis y que, tomando magnanimidad por pobreza de espíritu y prudencia por falta de cumplimiento al deber, trató de ser héroe frente a una potencia que no atacará.

El juicio del suscrito no puede determinar qué es lo que el brillante estadista, que rige los destinos de su pueblo, por la voluntad de éste, pueda hacer. Pero si debe determinar cual es la obligación del representante diplomático de su gobierno en México. Actuando bajo su responsabilidad, como depositario de su honor y derechos, ha determinado que esta flagrante violación del gobierno de México a las

obligaciones de justicia y buena vecindad hacia su gobierno, ha ido mas allá de lo que su dignidad y respeto se lo permiten y que faltaría a sus deberes públicos si no señalase en la forma más decidida su sentido de la necesidad de contrarrestar su curso violento y descontrolado.

En vista de que repetidos esfuerzos han fracasado para llevar al gobierno de México a mejorar sus relaciones y reconocer sus obligaciones con respecto a Estados Unidos y, enterado de que el ministro de Relaciones Exteriores ha escuchado consejos interesantes en provocar una ruptura con Estados Unidos, cuyas graves y serias consecuencias parece haber considerado ligeramente, el infrascrito se ve obligado a comunicar a su excelencia, ministro de Relaciones Exteriores, que en esta fecha suspende las relaciones políticas de esta legación con el gobierno de México, hasta recibir instrucciones de su gobierno; su acción oficial queda limitada, momentáneamente, a la protección de sus conciudadanos residentes en México.

Al hacer esta declaración el suscrito tiene el honor de asegurar a su excelencia, el señor Cuevas, su más distinguida consideración, etc... .

John Forsyth

AHORA EL DEPARTAMENTO DE ESTADO RECOMIENDA A
FORSYTH SE MUESTRE ENÉRGICO EN DEFENSA DE LOS
INTERESES DE CIUDADANOS ESTADUNIDENSES

Washington, junio 23 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de Estados Unidos ante México

Señor:

Me es necesario escribirle de prisa en esta ocasión a fin de aprovechar el correo que parte a las dos.

Su despacho número 77, en relación con la contribución impuesta a extranjeros en México por decreto de mayo 15, se recibió aquí hace unos dos días pero, por falta de tiempo y la presión de otros asuntos, no me había sido posible considerarla personalmente como era de desearse. Tuvo usted razón al plantear este asunto a la atención del gobierno de México y en protestar el mandato de sujetar a los ciudadanos de Estados Unidos a ese pesado impuesto. No es un impuesto dentro del significado de la palabra y no entra dentro de los impuestos a los cuales deben contribuir los extranjeros. La condición actual de México, independiente de cualquier otra consideración, debería prevenir este intento por aumentar una contribución a los ciudadanos de otros países residentes temporalmente en México.

Esa República no tiene gobierno reconocido a cuya autoridad esté sujeto todo el país. El gobierno del general Zuloaga se restringe a una parte de él, mientras el resto del país, integrado posiblemente por la mayoría de los estados, se opone abiertamente a dicho gobierno y se encuentra en armas en contra del mismo. El gobierno de la capital no

puede dar protección fuera del territorio ocupado por él y es injusto y está enemistado con otros poderes para requerir que sus ciudadanos no sólo cubran la justa cuota de sus impuestos sino además otro, para sufragar gastos de operaciones bélicas. Se sabe que gran cantidad de mercancías están detenidas en Veracruz y que, sin duda, la mayoría de éstas pertenece a ciudadanos de Estados Unidos destinadas al interior de México para su consumo. En estos casos la obligación de los impuestos operaría injustamente. El gobierno de la capital no impone sus impuestos sobre la propiedad que posee el individuo dentro de su jurisdicción, sino sobre el total de las propiedades que posea y, como cada uno de los gobiernos locales pueden actuar en la misma forma, los extranjeros se ven abocados a enormes pérdidas. Ponga en conocimiento del gobierno del general Zuloaga el punto de vista de Estados Unidos, que considera injustos estos impuestos.

Su despacho número 76 sobre este asunto, se ha extraviado y esa circunstancia, junto con la carencia de tiempo para investigar plenamente sobre el derecho legal del gobierno mexicano a imponer ese impuesto sobre nuestros ciudadanos, ha impedido tomar una decisión al respecto. Es probable que me sea posible comunicarle a usted los puntos de vista del Presidente por el próximo vapor. Dada la naturaleza del problema mismo, será conveniente preguntar la opinión del procurador general y centro que el despacho extraviado aparezca dentro del tiempo adecuado para la determinación del Departamento antes de mi próxima comunicación con usted.

Hará notar al gobierno mexicano la esperanza del Presidente de que sobre este asunto no se actuará hasta que los derechos de nuestros ciudadanos hayan sido plenamente estudiados aquí. La conducta del gobierno mexicano, con relación a las demandas de ciudadanos de Estados Unidos por los daños sufridos en su persona o sus propiedades, ha dado justa causa de queja al gobierno de Estados Unidos y no existe ninguna evidencia de que el gobierno de México adopte una disposición que satisfaga las justas demandas que provienen de estos daños y, en muchos casos, de flagrantes violaciones cometidas en la peor forma.

Adjunto una copia de la carta que le dirigí, el 19 del presente, al

secretario de Marina y de su respuesta en la cual verá las medidas que están a punto de adoptarse con relación a uno de estos casos de injusticia y violencia, al haber sido detenido y encarcelado en Guaymas el señor Jesús Ainza, pondrá en conocimiento del gobierno mexicano la decisión de este gobierno sobre las medidas que ha tornado para la liberación de esa persona. Con ese fin la fragata Savanac visitará Guaymas y es de esperarse que, si la autoridad del general Zuloaga se extiende a ese lugar, actuará para evitar la interferencia en el asunto del comodoro Long. Con respecto a este tema resultaría agradable al Presidente saber que se anticipa el objeto de la visita del comodoro Long enviando a Guaymas aviso de la terminación de sus gestiones para un arreglo en favor del señor Ainza antes de la llegada del Savanac.

Con respecto al asunto en general, hará saber al gobierno mexicano que si los ultrajes de esta índole no se suspenden y no se da una amplia satisfacción por los ya cometidos, Estados Unidos no titubeará en actuar eficientemente para obtener justicia para dichos ciudadanos, justicia que México tiene la obligación de otorgar pues la ha retenido obstinadamente.

Soy de usted, etc...

Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

FRENTE A LA SUSPENSIÓN DE RELACIONES EL GOBIERNO
CONSERVADOR SÓLO ACUSA RECIBO DE LA NOTA

México, junio 24 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

El infrascrito, ministro de Relaciones, tiene el honor de informar a su excelencia, señor Forsyth, que, habiendo comunicado el contenido de la nota del día 21 del próximo pasado de S. E. a S. E., el Presidente, ha dispuesto se conteste solamente que ha sido recibida por esta Secretaría.

De acuerdo con estas instrucciones el infrascrito tiene el honor de, etc.

Luis C. Cuevas
Ministro de Relaciones Exteriores de México

MIGUEL LERDO DE TEJADA SE ASILA EN LA LEGACIÓN
ESTADUNIDENSE

México, julio 1° de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

El día 22 de junio próximo pasado, envió al Departamento, por conducto de un mensajero especial a Veracruz, a fin de alcanzar al barco Brilliant con destino a Nueva Orleáns, las conclusiones a que llegamos en mi correspondencia con el señor Cuevas sobre la discusión suscitada por el decreto del 15 de mayo. Ahora adjunto copias del mismo por el *Express Británico* a Veracruz y el barco inglés vía La Habana. Asimismo envío correspondencia sobre otros asuntos redondeados hasta la fecha en que cesaron mis comunicaciones con el gobierno, poniendo, por ella, en conocimiento del Departamento, todo lo ocurrido hasta esa fecha. El Departamento debe suponer que espero ansiosamente sus instrucciones sobre esos asuntos.

Creo que son oportunos el momento y la ocasión para dar una forma definitiva a nuestra política con respecto a México y para llevar a cabo un ajuste general de todos los asuntos estadounidenses en cuestión. Me animo a pensar que no es correcto el juicio del Departamento sobre las actuales complicaciones; quizá no se ha tomado en cuenta la gran posibilidad de que antes de que yo reciba sus instrucciones, pueda estallar aquí una nueva revolución.

En verdad, son muchos los indicios que indican la proximidad de tal evento. Ya es visible que el presente gobierno no puede controlar la

situación política y sentar su autoridad en todo el país. No sólo no ha avanzado un paso desde las primeras victorias de Osollo, poco después de la revolución en la capital, sino que está perdiendo terreno. Un afortunado movimiento liberal en la capital derrumbaría toda la estructura del gobierno de Zuloaga y convertiría sus ejércitos en guerrillas depredatorias o de rapiña que actuarían en zonas alejadas, mientras que las ciudades y estados ahora oprimidos por sus armas, se declararían de inmediato por el nuevo orden imperante en la capital. Una revolución, basada en estas ideas, está en marcha y casi madura para estallar. Si ningún obstáculo se presenta para frustrar el plan, puede llevarse a cabo dentro de unos cuantos días.

El mismo gobierno está enterado de este movimiento, pero desconoce el plan y los conspiradores. Desde hace varios días se han estado llevando a cabo arrestos de personas anteriormente puros, pero que ya no gozan de la confianza del partido liberal. Miguel Lerdo de Tejada, por primera vez en su vida se ha puesto a la cabeza de un movimiento político, habiendo sido, como él mismo me dice, forzado por las circunstancias y por un deber hacia su país, a salirse de las reglas que había seguido.

Se desconfía de él y hace 12 días, se ve obligado a dejar su propia casa para evitar ser arrestado. Desde entonces la vigilancia de la policía le ha obligado a cambiar de domicilio varias veces. Al final tuvo que pedir mi hospitalidad que, por diversas razones, no creí prudente negarle y es ahora mi huésped.

En vista de la situación general, no me es posible considerar que a restauración del partido liberal en el gobierno, mejorará las perspectivas para las negociaciones sobre la adquisición de territorios que el Departamento desea, pero pienso que tendrá una buena disposición hacia nuestro gobierno y a mejorar las relaciones con él.

Siendo el ministro de menor influencia del cuerpo diplomático, los recientes incidentes con este gobierno me han colocado en una situación que pueda considerarse la más fuerte. En verdad creo que el primer acto del poder liberal será enviar sus pasaportes a los ministros de Francia y Guatemala y al delegado papal, los que han sido activos

partidarios del último gobierno revolucionario.

Sobre el asunto del tratado de tierras, nada se perderá con el cambio ya que el gobierno actual está decidido a caer antes que tratar con los detestables yankis; Zuloaga, en esto ha sido rebasado por sus consejeros imbuidos de odios y prejuicios. A la vez, puedo decir que algunos de los líderes del nuevo movimiento, se han expresado favorablemente respecto al tratado de cesión y al pedido de protección a los Estados Unidos. El mismo señor Lerdo no cree que sea necesario realizar una venta de territorio, pero ha expuesto claramente que sería de desear se concrete un plan de apoyo y protección a nuestro gobierno.

Mi experiencia me ha enseñado que todos los partidos y los gobiernos que se cambian en México son tan parecidos, que no creo que la política que nuestro gobierno considere conveniente adoptar respecto a este país, pueda variar en esencia ya sea el partido conservador o el liberal el que ocupe el poder. La única diferencia podrá consistir en la forma de reforzar nuestros argumentos. Si el gobierno actual se sostiene, sólo la fuerza sería el arma a emplear. Si los liberales suben al poder, la persuasión sería el medio más apropiado. En cualquier caso es indispensable la determinación...

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

SEGÚN EL PROCURADOR GENERAL DE ESTADOS UNIDOS
NO ES PRÉSTAMO FORZOSO EL IMPUESTO CONSERVADOR

Washington, julio 15 de 1858

Sr. John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

Señor:

Después de mi carta a usted del 23 último, su despacho número 76, que se encontraba extraviado, ha sido recibido al igual que los 78 y 79. El número 80 del 26, en este momento se recibe de manos del mensajero especial. El número 81 del 1° del presente, acaba de llegar por correo.

La tardanza en la entrega de los dos primeros despachos, es consecuencia de cambios en el correo, por lo tanto ésta es la primera oportunidad que se nos presenta de comunicarnos con usted desde entonces. He tenido una conversación exhaustiva con el procurador general respecto a la contribución impuesta por el gobierno mexicano a ciudadanos de Estados Unidos; ni él ni yo lo consideramos un préstamo forzoso dentro de los términos del 10° artículo del Tratado entre México y Gran Bretaña cuyos beneficios están asegurados a ciudadanos de Estados Unidos por nuestro Tratado. No tengo nada que modificar a lo dicho en mi despacho sobre este asunto, ni tampoco puedo hacer cambio alguno sobre el carácter inamistoso e injusto de esta imposición. Los puntos de vista presentados en él son completamente apoyados por el procurador general y se sostienen plenamente.

Este sistema de impuestos extraordinarios al cual se sujeta a los extranjeros radicados temporalmente en México, está fuera de toda

proposición razonable a la protección que se les brinda. En su carta de junio 19, usted aconseja al Departamento que, por las razones expuestas, estaba a punto de informar al ministro de Relaciones Exteriores que las relaciones diplomáticas entre la legación de Estados Unidos y el gobierno mexicano serían suspendidas hasta que usted recibiese las instrucciones de este gobierno y, en su despacho recién recibido, anuncia que esta determinación se había hecho efectiva e incluye una copia de su nota al ministro de Relaciones Exteriores notificándole que esa medida entró en vigor el día de la fecha.

El Presidente sanciona esa medida adoptada por usted y no le dará instrucciones de renovar las relaciones ya rotas, pero le encomienda cerrar la legación de Estados Unidos en esa República. Tanto su actitud asumida en esta ocasión como las circunstancias que la rodean, han determinado al Presidente a considerar insatisfactorias nuestras relaciones con ese país.

El gobierno de la capital ha ignorado las justas quejas de Estados Unidos y no ha dictado ninguna disposición para reparar las lesiones que se han cometido en personas y propiedades de nuestros ciudadanos.

Sus anteriores esfuerzos al respecto, han fallado y los informes que recibimos de usted, indican que no se puede esperar un cambio favorable hasta que Estados Unidos, según usted y adoptando su propio lenguaje, hagan evidente su deseo y poder para proteger a sus ciudadanos.

Inmediatamente después de recibir este despacho se comunicará esta decisión al gobierno mexicano y pedirá los pasaportes necesarios para usted y su personal. Irá a, Veracruz donde un barco de guerra se encuentra en reparaciones y esperará su llegada. Este traerá a usted y su familia y secretario al puerto de Estados Unidos que usted indique.

Los archivos de la legación los depositará en el consulado de Estados Unidos en México e instruirá al señor Black para que brinde su consejo y protección a los ciudadanos de Estados Unidos, hasta donde le sea posible como se me ha dado poco tiempo para ver la parte de sus despachos diplomáticos números 80 y 81, que anuncian la ruptura de relaciones con el gobierno mexicano sólo puedo agregar —para utilizar

este correo— que el contenido de estas comunicaciones recibirán inmediata atención del Departamento.

Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

SOMBRÍO PANORAMA DE MÉXICO SEGÚN FORSYTH

Ciudad de México, agosto 19 de 1858

Sr. Lewis Cass
Ministro de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Me sirvo del expreso mensual que sale con la correspondencia en el vapor británico de correo, vía La Habana, para notificar al Departamento los acontecimientos públicos del mes pasado.

Hasta para la infeliz historia de México, el mes pasado ha sido negro y vergonzoso. Mal y sólo mal rodea al país; el comercio ha sido paralizado, los servicios de correo público han sido suspendidos a los puntos ocupados por el partido liberal, mientras que por todo el país la guerra civil ha servido para encubrir los asaltos, saqueos, destrucción de pueblos y aldeas, asesinatos y violencias de todas formas. El gobierno en la capital, instigado por sus propios temores al igual del clero, ha estado haciendo las cosas con mano ruda y desesperada. Las cárceles están atestadas de liberales y cualquier persona de quien se sospeche de serlo es inmediatamente aprehendida y encarcelada. Se mantiene un espionaje en gran escala desde hace algunos días, inclusive mi casa es vigilada día y noche para ver quién entra o sale. Debido a las escaseces en la Tesorería, se ha mencionado en Palacio la posible venta de territorio a la concertación de un tratado. Pero algunos mexicanos sensatos que descuentan el crédito nacional al 97%, no han tenido el valor de vender en millones de pesos regiones sin ningún valor para ellos. A mediados del mes hubo un cambio completo del gabinete; la renuncia del ministerio fue tomada como una confesión de que el gobierno de Zuloaga

había fracasado. La razón que se dio a conocer al mundo fue que el ex-ministerio carecía de energía. El gobierno buscaría la forma de ser más enérgico y el gabinete se constituyó con las siguientes personas:

Castillo y Lanzas, Relaciones Exteriores; Padre Miranda, Asuntos Eclesiásticos; Pedro Jarriro, Finanzas; García, Guerra; Saldívar, Fomento; Jáuregui, Gobernación. Con excepción del señor Castillo el nuevo gabinete es menos calificado que el anterior en todos sus aspectos. El señor Castillo es universalmente apreciado y estimado como caballero honesto. Sirvió muchos años en el servicio diplomático de su país, tanto en Londres como en Washington. Todo el mundo está sorprendido de que haya aceptado un puesto en un gobierno en tan desesperadas circunstancias. En lo privado me ha dicho que ha respondido al llamado por un sentido de deber y que todas las mañanas cuando despertaba y recordaba que aún se encontraba en el ministerio de Relaciones Exteriores se sentía sorprendido. En una larga plática con él sobre asuntos mexicanos, me confesó que estaba seguro de que no existía esperanza para su país; sus males políticos son crónicos e incurables.

Adjunto aquí copia de la nota que me envió el señor Castillo, notificándome su nombramiento como ministro de Relaciones. Considerando las relaciones existentes entre nuestra legación y la de México, esta nota, sin duda, sorprenderá al Departamento tanto como a mí. No creí propio contestarlo. Desde mi despacho de julio 1º, no he tenido comunicación oficial con el gobierno.

Los acontecimientos del mes pasado son todos favorables a la causa liberal. Los actos desesperados del gobierno le han creado más enemigos. Los 20 capitalistas que han sido maltratados, eran firmes amigos del gobierno y es razonable suponer que han roto su amistad. Las operaciones militares también han sido favorables a los liberales. Aún es mi huésped el señor Lerdo de Tejada y la protección que le da mi asilo es necesaria desde que se instaló el gabinete enérgico. Es odiado por el partido de la Iglesia y de caer en sus manos estimo que su vida corre peligro. El gobierno está enterado de su asilo y hay noticias de que en caso de revolución se intentará violar la inmunidad de la legación, sacándolo por la fuerza. He preparado parque y armas y, con un

contingente de 20 americanos, intento defender mi castillo. Algunos extranjeros me han ofrecido su ayuda si se presenta el caso. Estos informes generalmente no son tomados en cuenta pero lo que les da seriedad es la debilidad y desesperación de los hombres que están en el poder.

John Forsyth
Ministro de Estados Unidos en México

FORSYTH CONTINÚA ACTUANDO CON TORPEZA

México, agosto 31 de 1858

Sr. Lewis Cass
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

He cumplido las órdenes del Presidente trasmitidas por el departamento (de Estado) en la comunicación número 49 de fecha julio 15, y reproduzco a continuación la correspondencia intercambiada para su ejecución.

Creo conveniente poner en conocimiento del Departamento la impresión producida en el palacio nacional de México por esta decisión de nuestro Presidente. El gobierno mexicano conocía el contenido de mis instrucciones antes que llegaran a mi poder. Por un periódico oficial del gobierno de esta capital tuve la primera información de que sería enviado un barco de guerra para mi regreso. Se han esmerado en ofrecer razones equivocadas para justificar mi retiro.

Un caballero extranjero, de mi confianza, me dice que ha visto en un periódico la copia supuesta de un extracto del despacho al general Robles fechado julio 15, que dice que mi gobierno desconforme con mi actuación, me hacía regresar. Este periódico ha sido circulado por el gobierno. El general Zuloaga con acierto afirma que no se trata de una orden para retirar la legación de Estados Unidos de la República, sino sólo de un llamado que se creyó oportuno hacer después de un cambio de impresiones entre el señor Robles y el gobierno de los Estados Unidos y que se trata de un acto de complacencia hacia el gobierno mexicano, en atención a la solicitud del general Zuloaga y que se me ha enviado un

barco de guerra simplemente como prueba de benevolencia para atenuar mis sentimientos, añadiendo que el hecho de que el secretario de Estado de los Estados Unidos haya indicado al señor Robles que espera no sea retirado del cargo de ministro de México, es otra prueba de que el gobierno de Estados Unidos no retira su legación, siendo indudable que esto no se hubiese dicho si el gobierno de Estados Unidos se sintiese tan agraviado como para romper relaciones con México. Por último, el señor Robles escribe que mi retiro se debe a que mi gobierno no consiente en que yo signifique un impedimento para las amistosas relaciones de ambos países.

No sé si éstas son versiones inventadas y aumentadas en palacio o comunicados verdaderos del señor Robles; sólo sé que esto es lo que dicen el general Zuloaga y la gente del gobierno.

Zuloaga asegura que se siente profundamente reconocido a la complacencia que le muestra Washington y al éxito logrado al haberse liberado de un ministro estadounidense que ha significado un problema y que ha sido tan inoportuno al insistir, al menos dentro de un concepto mexicano decente de los derechos, pues para ella fue enviado a conservarlos y defenderlos. Al mismo tiempo que demuestra su satisfacción por el éxito obtenido, manifiesta su admiración por la forma ingeniosa, en que él imagina que se ha llevado a cabo y quiere que se reconozca el método adoptado como una argucia diplomática que él concibe a la altura de cualquier proeza de las que se efectúan en su propio palacio. Hombres de sentimientos y principios indignos son aptos para imputar a otros motivos indignos, y es muy natural no esperar que el general Zuloaga crea que existe un promedio más alto de cultura y honorabilidad en un gabinete estadounidense que el que se puede encontrar en el suyo.

Por un accidente revolucionario que lo coloque en una situación privilegiada, no varía el carácter del *croupier* de una mesa de juego convirtiéndolo en un caballero, ni tampoco ese viraje de la suerte le impediría creer que el Presidente de Estados Unidos se doblegaría ante una intriga que a él no lo haría ni ruborizar.

Menciono estos rumores que circulan en el palacio mexicano,

porque considero que el Departamento debe conocer el grado de moralidad que prevalece y hay que soportar aquí.

Existe una profunda atmósfera de duplicidad y falsedad en el palacio nacional, imposible de concebir en países donde la honestidad y el honor son esenciales, tanto en la política y la diplomacia como en la vida privada. Probablemente en ninguna parte que no sea México se podría acreditar una enunciación tan monstruosa como que el ministro de su país agraviado, cuyos actos han sido “aprobados y sancionados” por él, haya sido depuesto y el ministro de la nación agresora, retenido, resultando ambos actos obra del país agredido...¹¹

¹¹ La parte omitida dice que lamenta no poder aceptar el barco de guerra para su regreso, por tener que permanecer en México unas seis semanas más, a fin de vender sin mucho sacrificio algunas propiedades y porque no desea llevar a su familia a Veracruz en época de enfermedad y por el Golfo de México, durante el tiempo de huracanes. (Nota del Dr. Manning.)